



UNIVERSIDAD · ECCI

EDITORIAL

La
Partida



La partida

Edición 1

David Silva, Luisa Gómez, Luz Cantor, Jenny Sánchez,
Karen Largo, Walter Lozano, Michelle García

Angélica Rodríguez (Ed.)

Junio 2021

ISBN: 978-958-8817-46-0



Contents

1	Viajes mentales	1
2	Elefantes rojos	4
3	Encuentros de zapatos en el polvo	8
4	El ermitaño	12
5	Tres semanas en Japón y sin haber ido	15
6	Punto de vista	19
7	Putas verdades concretas	22
8	Mal trip	26
9	Camino de vuelta	29

10	El insensible	33
11	Regreso a casa	36
12	Mishi, el viajero	38
13	Mierda en la cara	42
14	Ecuación	46
15	Tan solo un clavo	49
16	Sinluz	52
17	Mirando con el corazón	56
18	Cuestión de aceptar	59
19	Nubes moradas en el cafetal	63
20	Coincidencias sinuosas	67

21	Un viaje, un amigo, una promesa	70
22	Mateo y El Imparable	76
23	La ruta de la llama	80
24	Decisión	83
25	Viaje matinal de una máquina	87

1. Viajes mentales

Viajes mentales.

— Walter Lozano A

Vivimos viajando y viajando vivimos, siempre estamos viajando: por deseo, por impulso, por vanidad, por obligación; hay viajes traumáticos, amenos, fáciles, difíciles, con miles de contrariedades entre lo que creemos que es lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo, de allí que los viajes nos permitan encontrarnos, pero también perdernos; pueden ser un invitación a la tranquilidad o también a la neurosis, en la tensión entre lo que controlamos y lo intempestivo.

Lo que es claro es que después de cada viaje ya no somos los mismos, ya que estos nos dan y nos quitan, nos construyen y deconstruyen. Nos permiten conocer muchas cosas nuevas, pero también salen a relucir aquellas cosas que desconocemos.

Al pasar por esta lectura se explotan algunos elementos de familiaridad incómoda en algunos casos particulares, considerando ese surrealismo que permite entretejer la relación entre la realidad compartida con el mundo exterior y la realidad como agente extrapolador de esas catacumbas internas que tenemos los humanos y que la imaginación permite entrever en el interior del creador, con la limitación de la encriptación.

Se trata de una simbología capaz de representar si el artista estaba refiriéndose a él, su entorno, su familia, sus miedos, sus anhelos, o si fue solamente un ejercicio de desfogue que logró esa expresión en su interior y puso la carga de la interpretación en el lector.

Quizá fuera una libertad descontrolada la que le dio permiso a la psique desbordarse al plasmar sus profundidades con el código ambiguo de lo que es real y de lo metafórico. Y es que básicamente eso es un viaje... una relación de entornos reales y nuestra interpretación subjetiva de ellos, en interacción con la experiencia

2. Elefantes rojos

Elefantes rojos

— Kaony Kampus



Audífonos listos, capucha arriba y tarjeta en mano para pasar los pasillos de muerte donde las multitudes abuchean, pelean y se empujan mientras esperan por los gigantes rojos, por los anhelados elefantes con forma de gusano, con mochilas grandes, pequeñas, ropas de arcoíris o descoloridas, voces tiernas y feroces, y separados en grupos pequeños. Se registra pasaje y se empieza la vaina, dos pasos y el primer roce de chaqueta con chaqueta, pisón de dedo meñique del pie, sacada de zapato e insulto escabroso y afanoso: ¡muévase, hijueputa, que voy tarde! Primer tropezón, enredada de patas y casi para el piso, mirada desorientada y cuando se vuelve en sí ¡Pum! Policía pidiendo identificación y requisita. Retraso inesperado, pero todo saldado, no hay lío por el momento. Mitad de camino y trancón de

chismosos para ver al que atraparon con las manos en la masa, manoseando mujeres y usurpando celulares. Se hace intenso el embudo, pero se sobrevive. Se atraviesa la plataforma B13, la B27 con la fila más larga y donde se rompen patas, especialmente de los decrepitos que ya no tienen fuerza para aguantar la estampida, C15, ya casi, pero no se nace con suerte y hay que llegar al D21: el último, el de la esquina, el del horizonte, el que queda enfrente de la patrulla y la ambulancia, que solo sirven de adorno porque nunca se mueven. Falta poco, un par de vendedores ambulantes más y la llegada estará más cerca. Es posible ver que ya pasaron dos elefantes seguidos, hay emoción, pero también dispersión al mirar el reloj que tiene la aguja pequeña en el siete y la grande en el doce. Un momento para la recuperación y se empieza a correr. Pulso agitado, adrenalina alta y palpito rápido, logra llegar, pero se da cuenta que el tumulto se veía pequeño y está gigante. Gigante como nunca porque es un lunes y nadie quiere al lunes por ser el primer día de la semana. Se observan los espacios, las posiciones, el mejor puesto para empujar con fuerza, para perder la conciencia, para lanzar el zarpazo final como tiburón que ataca con los ojos cerrados, dejándose guiar por el instinto. Se acomoda, se arregla la maleta y se limpian las gafas para ver mejor. De pronto, se siente el ambiente tenso, el aire es pesado. Llegó el huésped; la rabia, quien no perdona a nadie. Observa por última vez y están todos poseídos: el colegial con las maquetas del sistema solar, la abuela y el abuelo que van para la cita médica, la vanidosa que aprovecha para aplicarse pestañina, el metalero quitándose las mechas de la cara, el empresario con porte elegante, el intelectual, el ignorante, todos están poseídos. Todos adoptan la misma posición. Ya viene el rojo desde el otro lado de la plataforma que se atravesó previamente, se asoma apenas el letrero amarillo de luces fosforescentes. ¿Es uno viejo o uno nuevo? No se sabe. Había bullicio y se ha detenido. El silencio abunda y el elefante se acerca. Llega por fin, pero las puertas no coinciden con las filas, que no son filas sino masas de cucarachas. Se mueve el tumulto, se aporrean el uno al otro y luego se acomodan. Se escucha solamente el motor, se espera la señal. Preparados, listos ¡Piiiiii! Se abre la puerta y las bestias empiezan la estampida, los más grandes se abren camino tumbando a los más pequeños. Vuelan zapatos, collares y relojes. Nadie ve y a nadie le importa, todo lo material se recupera, solo hay un objetivo: cazar un asiento. Reposar el culo en un pedazo de plástico que, a pesar de que no hay nadie cansado pues apenas comienza el día, viene como anillo al dedo, como mantequilla en pan o huevo encajado en cartón, un pedazo de polietileno con la forma perfecta de cada nalga. Se logra entrar entre los primeros, pero se enredan los bolsos y las cremalleras con los tubos y agarraderas del bus. Solo queda una silla y se la disputan dos hombres, gana el más fornido, el más fiero, el que más hombre se cree por su "audacia". Se logra acomodarse en la mitad, en el acordeón, que es la última opción, pero sigue entrando gente. Siguen entrando zombis rabiosos. Ya no queda espacio y los que aún están afuera siguen empujando y logran entrar. Al fin se cierran las puertas y quedan manos y maletas por fuera.

Se respira, se piensa y hasta se saludan los unos con los otros. Ya no son bestias, ya el huésped se ha ido. Audífonos en los oídos, música clásica: tal vez un Beethoven o un Mozart o ¿por qué no algo de psicodelia para pasar los efectos del escabroso plano?, tal vez Pink Floyd. Por fin hay silencio agradable. Se ha salvado, se ha podido entrar en la barca de Noé y se ha soportado el diluvio. Se ve regresar la paz, la rutina sigue su curso. Próxima parada: Marly. Pero no se alegre tanto, mijo, le dice su conciencia, que apenas es lunes.

3. Encuentros de zapatos en el polvo

Zapatos Mafalda

— Luz Quintero

Día soleado, los zapatos Mafalda cubiertos por el polvo del horrible patio del colegio, he dejado las llaves de casa, otra vez, muy seguramente mi madre se molestó conmigo, otra vez. Sin tener muchas opciones mis pies toman rumbo perezosamente por la calle sin pavimentar, juego con las pequeñas piedras que se aparecen en mi camino haciendo ondular la falda de la jardinera por el movimiento, mis pasos me llevan hasta la pequeña tienda que mi madre maneja con esmero. Al llegar veo algo raro, bueno, alguien: mi madre se encuentra charlando con una mujer bastante mayor, pero no son ellas las que me causan curiosidad, más a la derecha, junto a los estantes repletos de golosinas variopintas y cigarros de nombre extraño, unas zapatillas desgastadas soportan el peso de una espalda demasiado cansada para ser tan joven, mi voz resuena en el local al saludar a mi madre y la otra mujer que me sonrío con extraña mirada, como si me conociera de toda la vida, mi atención se desvía una vez me dice su nombre, igual no lo voy a recordar.

Él se gira, lo conozco, pero se ve diferente, al parecer viene con la señora, no habla, no sonrío, no debería insistir en hablar con él, se nota que no quiere, entonces ¿por qué no puedo evitarlo? La punta de mi lengua pica a la expectativa del primer “hola”, la señora mayor le da un golpecito en el costado al chico para que salude, aquellas zapatillas desgastadas se giran, de frente a mis zapatos Mafalda cubiertos de polvo, una sonrisa forzada aparece, lo único que mi mente procesa en el momento es “qué ojos más tristes”. Mi curiosidad puede más conmigo que la cortesía inicial de una conversación normal, esos ojos turbios presagian noches grises ¿podré soportarlo? No lo sé, pero ya no hay vuelta atrás. Sin pensarlo más, avanzo.

—Hola, ¿me recuerdas?—

Zapatillas desgastadas

Mediodía, está haciendo un calor insoportable, debí haberme puesto otra chaqueta,

ya no sé cuánto tiempo llevo aquí sentado, mi abuela me ha traído casi a la fuerza, el piso de cemento se me hace lo más interesante del lugar, mis zapatillas favoritas tienen los cordones sueltos, me agacho con toda la paciencia del mundo para atarlos de nuevo, una vez terminado reviso mi trabajo, dos nudos perfectos, muy bien.

Estoy aburrido mis manos se mueven al compás de mi creciente ansiedad ¿por qué tuve que venir? ¿Dónde se ha metido mi abuela? Se supone que no se iba a demorar en la tienda ¿Por qué me ha dejado solo? Estar en esta situación me tiene estresado, no debí venir, debí quedarme en casa, encerrado en la seguridad de mi habitación, los días son monótonos y aburridos, pero sé que mi abuela me ha traído porque se preocupa por mí, si tan solo las cosas fueran diferentes... mis pensamientos otra vez abruman y nublan mi juicio, debo pensar en otra cosa.

Estoy cansado de sentirme así, meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y juego con los papeles de un chicle que hace rato perdió su sabor, veo a mi abuela instarme con su mano a acercarme desde la puerta de la tienda, me levanto de mi asiento y me dirijo a ver qué es lo que tanto le emociona, dentro de la tienda no hay mucho que observar: dos estanterías con paquetes de papas hasta el tope, una vitrina con jugos y gaseosas, y una vitrina con dulces y cigarros, mi abuela me señala a la mujer que está atendiendo el lugar, una señora de aspecto serio que me sonrío como si ya me conociera, la saludo con la mano y una sonrisa que no sé de dónde sale, luego de las tediosas formalidades decido quedarme a observar la vitrina con dulces, tal vez compre más chicles, no puedo comprar cigarros con mi abuela junto a mí, mis ojos viajan de dulce en dulce hasta que una voz nueva suena en el local, es una voz bastante chillona, casi insoportable, debe ser sin duda una chica, al parecer la hija de la dueña.

Oriento mi rostro en la dirección del revuelo que se está formando poco a poco justo a mi lado, como lo suponía es una chica, va vestida con un uniforme horrible, sus zapatos más que negros parecen cafés por el polvo que los cubren, pero su falda está perfectamente planchada, está peinada con una trenza rara que no me deja ver su rostro, tiene una postura curiosa mientras habla, los pies juntos, la espalda derecha a pesar de que la mochila que lleva parece pesar un montón y las manos juntas en el regazo mientras saluda a mi abuela con cortesía, parece una remilgada, de seguro es bien odiosa, vuelvo a centrar mi atención en los dulces que hay frente a mí hasta que siento un golpe en el costado, es mi abuela, qué sutil.

¿Por qué tengo que saludar a esa chica? ¿Qué tiene de interesante? Giro mis pies para quedar de frente a ella, lo primero que noto es que lleva lentes, no dice nada así que le sonrío, ella no responde al momento, sus ojos parecen escanearme de una forma que me incomoda, como si estuviera debatiendo algo importante. De repente avanza, medio paso más, me sonrío, y hay algo en esa sonrisa que no logro descifrar, cuando creo que no podría confundirme más la situación, su voz vuelve a resonar...

—hola, ¿me recuerdas?—

No la recuerdo, mi mente caótica solo puede pensar ¿Quién eres?

4. El ermitaño

El ermitaño

— Kaony Kampus

Un hombre o no, más bien un ermitaño que no quiere salir al mundo porque lo odia. Pero odia exactamente a las personas que para él son la condena del planeta Tierra, el polvo del Big-Bang, las cagarrutas del universo confinadas en una masa gris que solo tiene carga negativa, por ende, carente de un equilibrio o una oportunidad de triunfar como comunidad. Y aunque tanto la odia, le dedica horas de pensamiento sumido en una melancolía. Este ermitaño decidió formarse intelectualmente, pero distanciado de todo porque alguna vez intentó encajar y fracasó. Solo se tiene a él, a sus libros y un viejo perico australiano que siempre lo ha acompañado por obligación, pues si dejará la jaula abierta lo abandonaría sin duda alguna. El único contacto que tiene con el exterior es una ventana pequeña adornada con una rejilla que repele los bichos en la noche, esta se convierte en un tragaluz durante el día y le advierte de las horas: así sabe cuánto le queda para trabajar en sus investigaciones, ya que él siempre vive de afán y en uno de esos afanes escucha el viento soplar y se dirige a cerrar la ventana.

Al intentarlo, nota que las callejas están solas, solas como nunca lo habían estado. Donde antes había gente, ahora solo hay edificios estáticos y al fondo montañas también estáticas. Parece ser que todos se han ido. Sin duda alguna sale sin salir y camina sin caminar. Viaja a la expectativa de disfrutar de un simple paseo y disfrutar del ambiente que ahora le ofrece la vida. Se regocija y siente el sol en la cara, el viento dándole cachetadas y las partículas de polvo que se le meten en la boca. Los sonidos de sus zapatos como un "clac" que él siente en su corazón palpitante. Ya no necesita el encierro, ya está solo en el mundo. Esto era lo que buscaba, lo que siempre había querido. Ya no necesita encajar, porque no hay un "donde". Lo tiene todo, todo para él solo, ha alcanzado la cúspide y se siente realizado. Ya se encuentra lejos de su confinamiento, se encuentra a kilómetros de distancia, la caminata ahora es una excursión de ciudad a ciudad y, al atravesar el mundo, siente un fuerte sismo dentro de sí. Lo logró, pero no tiene a quién

compartírselo ¿De qué sirve tanto conocimiento si después de que el muera todo morirá con él? Esto lo pasma y le dilata las pupilas, de repente otra cachetada del viento. Cierra la ventana con psicosis, pero antes saca a su perico de la jaula y lo tira por la ventana a su suerte.

5. Tres semanas en Japón y sin haber ido

Tres semanas en Japón y sin haber ido

— Ingrid Cantor



Querida yo del pasado, antes que nada, no me odies ¿vale? Sé que prometí escribirte apenas hubiera llegado al aeropuerto de Narita, pero ya me conoces, mi mente se distrae con cualquier cosa y esta vez no fue la excepción, Japón es más hermoso de lo que imaginé, aún no puedo creer que por fin estoy visitando este mágico país. Hoy cumplo tres semanas desde que llegué, así que te contaré las aventuras y tesituras que he tenido últimamente. Lo primero que se me ocurre es decirte que sí, que tenías razón: me perdí tan pronto salí del aeropuerto, las calles en Tokio son terriblemente confusas, menos mal no reserve ningún hotel, muy seguramente no lo habría encontrado. Deambulé sin rumbo fijo hasta encontrar un pequeño hostel, la

señora que me recibió sabía inglés, así que no tuve problemas para comunicarme, ella fue muy amable, tenía cierto aire de abuela sabia y eso me hizo sonreír al evocar a mi nana, después del primer contratiempo en mi viaje, todo fue un poco menos laborioso... o eso me gustaría decirte, pero malaya quien le diera a esta chica desubicada un mapa que no sabe leer y rienda suelta a saciar su curiosidad, tal vez sí debí terminar el curso de japonés antes de iniciar mi viaje, tal vez si debí hacer caso y contratar a un guía, pero me niego en rotundo a trazar una senda estricta para mi primer travesía en solitario. Me la he pasado dando tumbos aquí y allá, sobreviviendo con un inglés al parecer gracioso para los japoneses, pero no me quejo en lo absoluto, he encontrado parajes fascinantes cada vez que mis pasos se han desorientado.

Dejando el bullicio de una de las más grandes ciudades que tus ojos jamás han visto, con el mar y el sol auestas, te alegrarás de saber que ya llené una de las tantas libretas que tenía abandonadas en mi escritorio con dibujos y versos de mis caminatas por los pueblos y parajes que nunca has visitado. Mis lápices están por acabarse y aún no sé cuándo encontraré una tienda con alguien que entienda mis palabras para comprar más. Justo ahora voy en tren rumbo a Ibaraki, dicen que hay un parque con un campo de flores que da hasta donde alcanza la vista, me alegro de estar en primavera, llegaré cuando estén en todo su esplendor.

Mientras escribo esta carta, me sorprende la forma en la que anda este aparato de tu futuro, no ha dado el primer tumbo en todo el viaje. Me he dedicado todo el tiempo de viaje en analizar a todos dentro del vagón, en busca de inspiración para mi nuevo boceto, parecen seres pausados en el tiempo, el silencio es apremiante, caras serias y taciturnas adornan casi la totalidad de mi visión, y eso me desanima casi tanto como si se me enfriara el café mientras charlamos sobre los libros que te traían prendada de sus variopintas historias.

Casi llego a mi destino y por fin veo algo diferente en este vagón moribundo de emociones humanas, no sé en qué estación estamos, pero acaban de subir una madre y su pequeño niño al vagón, el niño lleva un pequeño ringlete de colores en sus regordetas manitos, va vestido con un overol de jean y una camisa con un pequeño dinosaurio, sin contar un gracioso gorro naranja chillón que adorna su cabecita, es lo más colorido y hermoso que he visto en todo lo que llevo encerrada en este tren, lo que se me antoja a una eternidad, la señora juega alegremente con las mejillas de su hijo, el cual se ríe por cosas que ella le dice y que no alcanzo a comprender. La escena se me hace tan encantadora, que de pronto me parece que el vagón rebosa de vida, las carcajadas infantiles de aquel niño portador del gorrito naranja chillón se me hacen contagiosas y sin darme cuenta me estoy riendo, me río con él, y parece que mi sutileza no la traje conmigo en la maleta porque ahora medio

vagón dirige su mirada a la loca que se ríe sola en su asiento, eso solo logra que la situación se me haga más hilarante de lo que ya es. El niño, ajeno a la crítica social por parte de los demás viajeros, posa su inocentes ojitos en mí, la curiosidad está presente en cada mirada que me dedica, y si pensaba que no podía ser más lindo me equivoco con creces. Una vez levanto mi mirada del papel, él me dedica una sonrisa, sus únicos dos dientes adornando su pequeña boquita, sus ojos se achinan debido al movimiento de su risa y yo siento mi corazón ablandarse, y así comienza una competencia de muecas y caras raras para hacer reír a un niño pequeño, debo admitir que él fue un digno adversario.

Mientras nuestra pequeña guerra transcurre a espaldas de su madre que ha dejado de poner atención a su hijo hace un par de estaciones, aprovecho el momento para sacar mis colores y mi libreta, y dejo que esa pequeña sonrisa de niño adorne la página en blanco que yace ansiosa de que le den vida y hago trazos apresurados aquí y allá, dando rienda suelta a mis manos, hago cada detalle de aquel pequeño niño tan fiel como mis habilidades me lo permiten, lo lleno de todos los colores que mi modelo lleva consigo. De pronto el tiempo corre tan rápido y desapercibido como el tren en el que viajo, ya falta poco para llegar a mi destino, y me siento satisfecha cuando veo mi nuevo boceto casi terminado, el proveedor de mi inspiración se ha dormido hace un par de minutos, abraza a su madre con ahínco, sin soltar de su mano regordeta aquel ringlete de colores, para cuando el tren para en Ibaraki tengo las piernas y el asiento lleno de lápices y virutas de goma de borrar, meto todo de golpe en mi maleta de mano y salgo como puedo del tren antes de que emprenda su camino nuevamente, casi me quedo atrapada por andar fantaseando entre mis libretas, no es nada nuevo pero igual te lo cuento, me queda media hora de camino antes de llegar al parque de flores infinitas, así que dejaré mi reporte hasta aquí por el momento, en esta estación está el correo más cercano, espero poder volver a escribirte algún día Hasta que el agujero de gusano me lleve de vuelta a tu encuentro.

6. Punto de vista

Punto de vista

— Walter Lozano Arévalo

Sentía el fresco viento entrando por las rejillas de ventilación a los laterales del casco. Cada diez o quince segundos observaba los retrovisores para ver quién se acercaba, en una fijación excesiva. Tomando la velocidad como medida, demoré dos segundos más, ya que no solo observé los retrovisores: el izquierdo, luego el derecho, también observé el tacómetro que marcaba 110 km/h. De inmediato levanté la mirada y oí una sirena. Qué contradictorio resulta que observar los retrovisores y la velocidad den como resultado un descuido mayor.

—No pasó nada —pensé. Reaccioné con el manubrio, rocé levemente el espejo de la patrulla que se encontraba a la orilla del camino, ni siquiera se cerró el retrovisor del auto, me despabilé, reduje la velocidad hasta 55, observé un par de veces antes de que se perdiera en la curva como una luz en un túnel. Justo antes de girar, vi que se prendieron las luces de la patrulla, me aceleré un poco y llegaron a mí algunas preguntas: ¿vendrán por mí, por despertar al policía con ese ínfimo roce? ¿Excedí, en algún momento, los límites de velocidad? Ese era el menor de mis problemas, debía irme rápido, una señal avisaba de un casco urbano a dos kilómetros, la ocasión perfecta para no dejarme alcanzar por la patrulla.

Lejos de casa y con mi alto nivel de catastrofismo, no podía dejar que se llevaran mi motocicleta ni recibir una multa. Con lo corrupta que es la policía de tránsito, no me iba a ir nada bien, debía sacar provecho a esos 70 caballos de fuerza junto a los 900 centímetros cúbicos. Me entró una paranoia, empecé a respirar agitadamente. De repente la motocicleta se frenaba y aceleraba, estaba sin combustible y ya no tenía reserva, estaba muerto. Llegué al casco urbano sin fuerzas, pero extrañamente me sentía tranquilo, no había preocupación, no sentía el corazón acelerado, es más, ni lo sentía. La respiración dejó de ser necesaria, debe ser el efecto post-adrenalina pensé, el pueblo era muy tranquilo, muy sobrio, entré a un restaurante, era mediodía

aproximadamente por la posición del sol. Pasado todo ese estrés, ya era hora de comer.

No podía comer, aunque sentía hambre, pedí una bebida blanca que me pareció apetitosa y refrescante. No había tomado el primer sorbo, cuando sentí una mano en mi hombro

—¿Puedo sentarme aquí? —preguntó. Lo miré, era un policía, raramente no sentí miedo. Se veía amigable y estaba muy tranquilo. Le dije que siguiera y se sentara. —¿Por qué tan tranquilo? Veo que su patrulla está en muy mal estado: el parachoques está arrastrándose —le dije.

—Lo mismo pienso yo, esa moto está destrozada y encaja perfectamente en la abolladura de mi patrulla —dijo. Sonreí, aunque era consciente que esa no era la emoción que debía mostrar. —¿Parece que no sabe lo que paso, ¿verdad?

—No —le respondí.

—Usted tuvo un micro sueño e impactó mi patrulla con una fuerza de 115 km/h— continuó el oficial.

En ese momento comprendí que la línea entre la relación entre la vida y la muerte radica en que uno no sabe cuándo la cruza. Las luces de la patrulla prendiéndose eran el oficial muriendo detrás de mí. La reducción de la velocidad eran mis pulsaciones antes de fallecer, menos de 60 por minuto ocasionan la muerte y yo baje a 55, el abrupto freno y aceleración de la moto era el desfibrilador en mi pecho.

La llegada al casco urbano fue el deceso y, minutos después, la llegada del patrullero fue su deceso por el impacto. Allí realmente sentí morir.

7. Putas verdades concretas

Putas verdades concretas

— Hortensia Resacas



He querido escribirte hace tiempo, pero no he podido concentrarme con tantas voces del pasado hablándome al oído. Aquí, en Berlín, el tiempo pasa más lento, tengo la teoría de que en los lugares fríos el tiempo se detiene, para dar cabida a la observación. Aquí no tiene significado el paisaje rápido. Las caras, la placa de los autos, las flores que renacen entre el asfalto son las características de tierra fría que tienen importancia.

Después de la cuarentena de hace años, la gente se ha calmado. Los bares no rebozan de personas alicoradas como me lo imaginaba estando en la universidad. Tal vez eso nunca fue así aquí, como lo era en Bogotá, cuando al mediodía salíamos a

tomar cerveza para hablar de poetas colombianos de los que nunca había escuchado. Pero aquí y ahora, no queda nada más que andar con una buena chaqueta y un cigarro en la mano.

Estoy sentada en un bar pequeño cerca de donde vivo. Sus paredes son azules, y todo el lugar está iluminado con pequeñas luces de led. Siempre suena la misma playlist, en un loop que a veces es enloquecedor. Al parecer el dueño, un señor de 64 años, se negó a escuchar otras canciones y se limitó a esas que escuchaba en su juventud. Tal vez fue una promesa de amor. Eso me hace pensar en que cuando tenga su edad, también yo seguiré escuchando la misma música que escucho ahora y que tú escuchas allá, en el pasado: esa música caleta bogotana y paisa que tanto me gustaba en la universidad. Supongo que lo haré para sentarme contigo otra vez, cerca de Marly, a comer arepa con chorizo, aun estando en la extraña Alemania y en otro tiempo.

Hoy, caminando por la puerta de Brandeburgo, me topé con der Holocaust-Mahnmal. Llegué a Alemania hace más de un año y nunca había ido, sé justo qué cara harás al leer esto, pensarás que no vamos a cambiar nunca. Pagué tres euros y me adentré a un recorrido, que según el folleto tomaba una hora. Yo tomé tres. Al pasar por las uniformes hileras que forman las heterogéneas losas de hormigón, despertó en mí la más horrible empatía. Caminé sola, dando vueltas, sintiéndome perdida. Podía sentir el dolor con que todas esas losas inertes gritaban. Entonces, me derrumbé, como los edificios alemanes durante la segunda guerra mundial.

Un guía que me encontró, me llevó a una cabina, y me ofreció un vaso con agua. Simplemente no podía dejar de temblar. Al fin, me dijo: ¿es usted judía? Hace mucho no veía a alguien tan desesperado como usted. Me reí, porque no me quedaba de otra. Imagina la pena con la que le dije que de hecho era colombiana, que no entendía muy bien porque me sentía tan extraña. ¿Qué cara hizo? absolutamente ninguna, solo dejó de verme y dijo que le gustaba el café colombiano ¿No has pensado alguna vez que lo grave cambia cuando alguien no ve rareza o dolor en aquello que desborda nuestra percepción de ambas? Solo bastó con ver esa cara indiferente para calmarme y salir de allá.

Al salir, solo tenía en mente este bar donde siempre se escucha la misma música. Después de cantar "a little help from my friend" con una Bierchen en mi mano temblorosa, pensé en escribirte, simplemente para contextualizarte de aquel mal viaje eterno del que no nos separamos, que nos acompaña a donde quiera que queramos escapar. Mi querida yo, estando aquí sentada, mirando todos esos cuerpos inmensos, no hay nada que disfrute más que una de esas conversaciones donde saltamos de tema en tema sin llegar a ninguna conclusión. Aquí todos necesitan

cierres y putas verdades concretas.

Solo puedo pensar en por qué no tenemos una obra semejante en nuestro país, para mostrar el holocausto que sufrieron nuestros pueblos indígenas a la llegada de los "colonos" o mejor llamémosle "criminales". O, aun más recientemente, las víctimas del dolor que se disfrazaba a veces de narcotráfico, a veces de bipartidismo o a veces de secuelas feudalistas.

Pronto viajaré a Suiza, espero que pienses sobre esta cuestión que despertó en mí la inquietud de haber dejado a mi país atrás, a mi gente, de haber escapado de allá tal vez con la promesa de volver con ideas que transformen lo que no quiero dejar atrás, lo que me impide de disfrutar de los acontecimientos más peculiares que la Alemania distante promete, pero que soy incapaz de ver. Como por ejemplo, escribir en un bar en Alemania, oliendo a licor y arañada por recuerdos brillantes de una realidad ya gris. Hace años soñaba con esto, y ahora que mi sueño se ha cumplido, no me queda más que una voz inquietante que replica, cada vez que me topo con la meta, que la plenitud no existe, que buscar la felicidad no es más que encontrarse con el dolor a la mitad de la noble e innecesaria búsqueda.

Me pregunto si la intranquilidad me seguirá incluso al llegar otra vez a la amada Latinoamérica. O si tan solo es la soledad de Europa, de sus calles frías e interminables, de sus borracheras con techno, de las drogas sintéticas que se mezclan en cualquier evento, lo que me hacen tambalear en una cuerda floja donde mi cordura se juega la vida. Me tomaré mi Bierchen, subiré al apartamento donde vivo y, si tengo suerte, mi cabeza dejará de dar vueltas al pasado, al presente y al futuro para darme, aunque sea una noche, el placer de soñar dormida.

Que la suerte o el destino estén de tu parte.

En forma de pasado, la tú del futuro

8. Mal trip

Mal trip

— Hortensia Resacas

Siempre nos ha gustado la farra. Soportamos toda la noche el peso del cuerpo en las alturas. Al bailar adquirimos oídos, ojos, una vida que no compartimos, una vida que, celosos, cuidamos. Pero nuestra parte favorita es cuando exhaustos miramos el cielo. Hoy es diferente, el cuerpo en las alturas decide no bailar. Pasa, pasamos, derecho por la 51, hasta llegar a la séptima. En estos puntos de la ciudad encontramos perspectivas extrañas. Amalgamas de gris intenso, tal vez amarillo, puede que negro, que le dan un nuevo aire a la vida de serpientes.

Entonces comenzamos a correr, a tropezar, a navegar por las calles de la caótica Bogotá. Usualmente, los zapatos de los demás tienen pintas más extravagantes, pero hoy no hay nadie más raro que nosotros. Cubiertos de cuero con tacones bravos que nos lastiman, aguantamos la acera zigzagueante de la 63 y de vuelta.

Y justo cuando sentimos la salsa en la tierra, una gota plateada intensa, tal vez perla, puede que negra, cae sobre el impecable cuero que nos envuelve.

Luego de esto, se aligera el peso del cuerpo en las alturas, entonces aun caminando podemos bailar, vamos saltando. Subimos, subimos chocando con aceras, ramas y otros cueros, hasta que encontramos un paisaje de ramas, hojas y flores.

Ahora lo único que queremos es un vistazo al cielo, para parar un poco el "video", para no caminar más. Es allí cuando el reconocimiento del mal trip corre frente a nosotros como un chorro inmenso.

Y empezamos a balancear el peso como podemos, uno adelante, entonces atrás, otra vez adelante, las vueltas nos aturden, queremos parar. Entonces uno adelante, otro atrás, otra vez adelante.

Al fin paramos, para quedar con vista al cielo, que fue opacado por un rojo intenso, tal vez blanco, puede que negro.

9. Camino de vuelta

Camino de vuelta

— Luz Quintero



Suena la alarma de mi reloj de campana, estiro mi mano buscando el proveedor de semejante ruido demoníaco desde tan temprano, lo encuentro al segundo intento de tantear el suave olmo de la mesa de noche, un gruñido agradecido suena a mis espaldas y eso saca una pequeña risa traicionera de mis labios, mis manos tocan su suave piel bajo las sábanas, se niega a levantarse de nuestra cómoda cama, intento nuevamente que se levante, esta vez muevo mis dedos juguetonamente por sus costados, intentando hacerle reír ¡y funciona! Sus carcajadas inundan la habitación, que música tan hermosa para iniciar el día, su voz ronca de recién levantado me susurra un buenos días mientras siento sus suaves labios en mi frente, después de volver finalmente a la realidad, él me ayuda a alistar la ropa que llevaré hoy y no

hacen falta muchas palabras para infundirme seguridad.

Término de organizarme, seis pasos derecho hacia la sala, medio paso hacia la izquierda y luego cinco pasos hacia la puerta, mi bastón sigue junto al perchero de la entrada, su voz me avisa de que aún no encuentra las llaves antes de salir y eso me inquieta, pasan unos cuantos minutos y por fin las encuentra. Nos vamos juntos de la mano y caminamos contando las calles que vamos cruzando, el ruido de las personas se hace presente conforme vamos avanzando, mis oídos captan voces sumamente animadas, huele a café y pan recién hecho, el centro de la ciudad siempre ha sido muy animado desde que llegamos aquí a vivir, él suelta mi mano un momento y me siento a la deriva, el vacío que deja me abruma, la oscuridad vuelve a cernirse sobre mí, los sonidos se vuelven estruendos a mi nervioso parecer, sin darme cuenta de que es lo que mi cuerpo hace, camino torpemente sin dirección aparente, mi bastón choca con todo tipo de cosas y personas que se disculpan o me empujan.

Camino y camino, no sé dónde estoy, no he contado las calles, me he perdido entre los senderos enredados de este lugar, las voces se han detenido, el silencio es casi sepulcral en donde sea que me encuentre, camino un poco más hasta que el suelo bajo mis pies comienza a inclinarse ligeramente sobre mi pasos, el bastón repiquetea en el suelo y por su sonido puedo saber que ya no es asfalto, es una especie de adoquín irregular. La angustia de no escuchar su voz en el aire sofoca mis ideas, así que, sin pensarlo mucho, grito su nombre. No sé con certeza si hay alguien a mi alrededor, pero eso no me importa justo ahora, detengo mis pasos en medio de la calle inclinada, con el bastón entre mis manos, haciéndome de ancla entre tanta oscuridad, grito de nuevo, la desesperación latente en mi voz, siento las lágrimas correr por mis mejillas, no hay respuesta alguna.

Me reprendo por haberme ido de donde me encontraba, el centro del pueblo se me hace lejano, aunque no sepa con certeza si estoy lejos de verdad. Un último grito desesperado sale de mi garganta y, en esta ocasión, el viento me responde trayendo su voz, un grito tan desesperado como el mío resuena alrededor. La esperanza vuelve como el primer soplo de viento en época de calor. Intento agudizar mis oídos para escuchar con claridad, vuelvo a clamar su nombre, él responde, su voz suena lejana, pero esta vez sé de donde proviene: izquierda, giro mi cuerpo, un paso, dos pasos, derecho, en busca de esa voz.

Las paredes de las casas cercanas me sirven de guía para caminar más rápido, mi bastón tropieza con todo lo que se desliza a su paso, mis manos sienten la pintura desgastada de las paredes y, de pronto, me llaman. No es cualquier llamado, es él, su voz suena estrangulada y agitada, sé que está delante de mí. No lo veo, pero lo siento. —Me encontraste.

—Te encontré.

El bastón que ha sufrido todo el trayecto a mi lado cae desprevenido ante la emoción

de tenerlo a él junto a mí de nuevo y lo abrazó, y él me abraza, lo siento en todo su esplendor. Mis manos viajan de su rostro a su pecho y de vuelta ¡es él! ahora la oscuridad no me asusta, mi faro está a mi lado, me encontró.

—¿Vamos a casa?

Lo abrazo nuevamente solo para asegurarme de que es cierto, en un susurro respondo.

—Estoy en casa.

10. El insensible

El insensible

— Kaony Kampus

Ocho de junio y a pesar de que no llovía, tampoco hacía sol. No tenía ganas de levantarme, aunque no había dormido la noche anterior, pero no era la falta de sueño la que me aferraba a las cobijas. Era muy temprano y mamá, pensando que aún dormía, golpeó con una musicalidad que resonó en los tablones de la puerta de mi habitación ¡Ya voy! Le contesté con tono tosco, porque no me gusta que me toquen la puerta de esa manera. Decidí levantarme porque si me quedaba echado como un perro, me hubiese ahogado igualmente.

Zapatos de charol que rechinaban como la madera vieja y brillaban casi como el oro, camisa blanca bien planchada en sinónimo de paz, smoking nuevo que solo tenía una postura de cuando lo usé por primera vez en mi primera comunión, sin corbatín porque me molestaba y no me gustaba: me picaba, yo me rascaba y me salía sarpullido, perfume Blue and Blue que mi madrina, a la cual todos nombraban la tía rica, me había regalado por mi cumpleaños y gafas de sol un poco grandes para mi cara. ¡El muchacho está listo para la fiesta!, me dije a mí mismo, mientras me peinaba los rulos casi monos hacia atrás como los chachos de los años ochenta. En eso se pasó la mañana aburrida, eran casi las once y para rematar, intentaba comer un plato de lentejas que, en ese momento, no me apetecían sin importar que fueran mi comida favorita ¿para qué comer, si no puedo llenar el alma? Algo pasaba en mi interior, pero no lo sabía. Al rato, mi madre, sin pronunciar palabra alguna, me hizo una seña indiferente para que saliéramos. Nunca me había sentido tan mal por dejar la casa. Mamá cerró la puerta. Andamos y andamos, el camino no era tan largo, pero fue el día que más anduve, como si mis pies solo siguieran mis órdenes por complacerme.

Mientras tanto, no pensaba nada, solo veía una línea de carros con líneas moradas. Se escuchaban las campanas, campanas que solo sonaban tres veces, pero esta vez sonaron cinco. Cinco veces sonaron las campanas que eran de la iglesia para anunciar el inicio de la eucaristía. Pasando frente a la iglesia, mamá me jaló la

mano de un tirón y entramos a la iglesia. ¿Pero y la fiesta, mamá? Pensé con decepción, luego pensé con positivismo. Me dolían los pies y no sabía dónde nos íbamos a situar porque en la iglesia había mucha gente, estaba a reventar. No conocía a nadie, pero todos nos conocían a nosotros, eran todos grandes como mamá y yo apenas si estaba elevado del suelo por unos centímetros. Nos habían reservado toda la primera fila a mí y a mi familia junto a los músicos, justo en frente del párroco.

Comenzó la misa y lo primero que noté, después de santiguarme, fue una cajita grande postrada en un soporte con ruedas, pero lo más sorprendente es que había una corona de flores a cada lado. ¡Queridos hermanos, estamos reunidos para celebrar las exequias de nuestra querida hermana Leidy Johana Silva Velandia, a quien nuestro padre hoy decidió llamar! El sermón de siempre comenzó y luego dio paso a las alabanzas, los sonidos del silencio eran también el padre nuestro cantado. Esa voz precisa y gruesa de aquel hombre de unos, viéndolo desde mi punto, cuarenta y ocho años, hacía que más que canción fuera una despedida melancólica, que hizo brotar de las primeras gotas de rocío en los ojos de todos los de la primera línea y otros cuantos menos yo, pero la más afectada fue mi madre, quien entró en un llanto imparable. Siguió el párroco con el saludo de la paz. Me levanté de la silla y ofrecí mi paz a todos los que estaban a mi alrededor. La curiosidad no me quiso dejar devolverme a mi asiento. Me dirigí hacia la caja y una bella durmiente me impresionó de inmediato. Era tan bella como los ángeles que no había visto, pero me imaginaba. Por su aspecto, asumí que me doblaba la edad y me hizo soñar y padecer al mismo tiempo. Esa bella durmiente era sangre de mi sangre, era mi hermana.

En ese momento, miré el reloj y ya eran pasadas las dos. Me inundó una profunda tristeza porque, en ese instante, todos lloraban y yo no. ¿Cuál era el juego que todos jugaban y no me explicaban, pero que al mismo tiempo mi inconsciente entendía a la perfección? Acto seguido me inundó un sentimiento de rabia, porque como, como siempre, era tan pequeño que no era tenido en cuenta. Era tan bajo como mis pies: ¿qué sentirían ellos al estar siempre por debajo de todo mundo? Aquellos desconocidos no eran más que unos entes artificiales que fingían el dolor que ellos no sentían, pero que yo podía captar en los ojos de los míos. Hasta Cristo se quejaba en su crucifijo con una resignación casi perfecta, porque tampoco sentía ya nada ¿será que solo fingía? Al terminar la eucaristía, no me santigué y salí de ese lugar para no volver jamás.

11. Regreso a casa

Regreso a casa

— Luisa Gómez

¿En serio hay tanta alegría en aquellos chicos? Ese día soleado y las sonrisas en sus rostros parece indicar que sí. Estos chicos que disfrutaron de su viaje, despidiéndose de su juventud, pensando en qué personas se convertirán luego de su regreso, es un dilema difícil de asimilar, pero no es momento de pensar en ello. Es ocasión de pensar en el presente y vivir el aquí y ahora.

Pero... ¿quiénes son ellos?, ¿son felices?, ¿en realidad disfrutaron de ese viaje que decidieron emprender? Estas son las preguntas que se hacen cuando avanzan por un camino sin rumbo fijo en su auto, queriendo llegar a algún lugar, pero sin saber cuál puede ser. Miran a través de la ventana pensando en toda las cosas que pueden lograr. Todos ellos se han prometido que será una aventura inolvidable, por ello dentro de sus condiciones está que cada uno proponga qué le gustaría hacer, pues todos estarían dispuestos a hacerlo o apoyar a su amigo.

Siguen su camino, queriendo que sea así: sin rumbo fijo, pero deben volver e iniciar su vida de adultos. En su viaje de regreso a casa, miran por la ventana, poniendo en orden sus pensamientos y deciden hacer una última locura: se detienen en un supermercado, entran y empiezan a actuar como niños, corriendo y jugando, pues será su última vez de hacer algo loco en la vida. Actúan como pequeños delincuentes, tomando todo y destruyendo lo que está a su paso. Siguen mirando por la ventana del auto en el que viajan, volviendo a su hogar y tomando una decisión muy difícil en su vida: a partir del momento de llegar a casa, van a olvidar que fueron niños alguna vez.

12. Mishi, el viajero

Mishi, el viajero

— Luisa Fernanda Gómez Criales

Solo podía observar la tierra girar y girar, la veía cuando le llegaba la luz del sol y cuando se oscurecía, podía ver toda esa tierra iluminada, les escuchaba decir varios nombres: Francia, China, Alemania, Australia, Brasil, Canadá... Mis pequeños ojos se deleitaban con ver esas pequeñas luces brillar y soñaba con que llegara el momento de conocer tantos lugares. Al parecer me estaban preparando para esa misión, veía que alistaban cosas, yo asumía que era por mi viaje. Mientras ellos hacían lo suyo, yo me encargaba de dar vueltas y volar, aprovechando que no había gravedad. Llegó el día 0 y mi cápsula estaba lista, todo lo que requería para mi nueva travesía estaba listo. Una de estas personas me acariciaba mi peluda cabeza, yo solo podía ronronear en forma de agradecimiento por cuidarme tan bien como lo hicieron. Me sentía emocionado y a la vez abrumado de todo lo que iba a encontrar en esa aventura.

Empezó el conteo regresivo: 5, 4, 3, 2, 1, y solo escuche el estruendo como cuando sientes que algo se desprende. En efecto, mi cápsula se había desprendido de la Estación Espacial Internacional, sentí por un momento frío y tristeza, dicen que los gatos no tienen sentimientos, pero yo era un gato distinto a todos los demás. Me habían creado en la estación con ciertas características especiales, obvio con todo lo que un gato debe tener, pero con capacidades humanas que me permitían escuchar y comprender todo tipo de idiomas y a la vez me podía comunicar con cualquier especie animal que encontrara en la Tierra. Después de un día de viaje, llegué al primer país, ahí empieza mi bitácora...

Día 1 Me encuentro en China, en la ciudad de Pekín, debo dirigirme a 300 km de ahí a la ciudad de Qinhuangdao, donde termina la construcción de la muralla China. Mi misión en este día es reportar el porqué de su construcción, el objetivo que cumplió en tiempos de guerra. Toda esa información recopilada en este plan de viaje se

iba almacenando en mi cápsula, a la cual debía regresar. Este lugar es fascinante, decidí empezar mi camino desde esa punta, donde se ve el mar, lo había visto desde arriba pero no pensé que en tierra se viera aún más majestuoso. Les escuchaba a los aldeanos decir que esta gigante construcción era para resguardarse de diferentes enemigos, incluidos los mongoles. Empecé a teclear toda esa información a medida que iba recorriendo esos 21.000 km que tiene este lugar.

Día 2 Seguí mi camino y me encontré con otro lugar, muy, muy frío, le llaman Siberia, queda en Rusia; su clima es muy extremo, los veranos allá casi son imperceptibles, ya que este lugar está muy al norte de Asia. Esta región es para personas de un carácter muy fuerte. No muchas personas viven en este lugar, ya que por su ubicación geográfica no pueden hacerse buenos asentamientos.

Día 3 Me alejé de inmediato de ese frío lugar, es cierto que los gatos somos fuertes y somos peludos, pero no tanto como para soportar ese clima tan extremo. Ahora me encuentro en un lugar más cálido, pero a la vez su gente ha pasado momentos muy tristes y dolorosos. Alemania, un país hermoso, gentil y fuerte; tuvieron que vivir muchos horrores por la guerra y han sabido dejar la situación a un lado. Encontré lugares maravillosos, como la Puerta de Branderburgo, y otros lugares más, es un lugar muy polifacético. No quiero marcharme de este lugar, ya que nosotros, los gatos, somos las mascotas predilectas de los alemanes, pero bueno mi viaje tenía que continuar.

Seguí recorriendo muchos países, Francia, Italia, Inglaterra, Estuve por casi todo África, India, en fin, lugares fascinantes, ricos en cultura y variedad de idiomas. Sin embargo estaba entrando en mí una duda, estos lugares eran muy mágicos, había mucho color, aprecié cada día, los días soleados eran los mejores, pero se acercaba mi tiempo de regresar y la verdad no quería.

Día 4 Atravesando el atlántico por fin llegue a Sudamérica, específicamente a Chile, al desierto de Atacama, un lugar precioso, recuerdo cuando pasábamos en la estación por ahí, yo creo que esas personas podían vernos, si yo los podía ver, ¿Por qué no ellos a mí? En fin, estando en ese lugar, el desierto más árido de la tierra, se podía observar la inmensidad de ese terreno, se podía encontrar diferentes elementos como hierro, oro, plata, a pesar de su aridez, se podía observar vegetación, los cactus de ese lugar son majestuosos. Es el mejor lugar para observar el espacio, decidí tomar un descanso y quedarme esa noche ahí, fue hermoso ver pasar la estación y a su vez poder ver la vía láctea, fue una sensación indescriptible cuando mis ojos vieron esa belleza astronómica.

Seguí caminando por toda esta hermosa tierra, pasé por Ecuador, Brasil, Perú,

Colombia, trate de visitar todo centro América, EE.UU., y ya tenía listo casi toda la información para regresar, sin embargo seguía invadiéndome una sensación muy extraña, de que no quería partir, me quedaba un último lugar: Puerto Rico, un sitio cálido, no lograba entender muchas veces su idioma, pero me pareció un lugar maravilloso y algo asombroso había en ese lugar, en cada calle, en cada esquina habían muchos como yo, sí, esa ciudad en especial, San Juan, tenía miles y miles de gatos, de todos los colores inimaginables, yo estaba absorto porque pensé que solo existían gatos como yo, negros, peludo; pero no, la diversidad es inmensa, así como la diversidad que encontré en este planeta.

Ya llegaba mi momento de partir, la cápsula de nuevo estaba lista, pero había una fuerza más grande que yo, que me ataba a este lugar, podía camuflarme de una forma muy fácil y vivir realmente como un gato, empezó la cuenta regresiva: 5, 4, 3, 2, 1 y se sintió un pequeño temblor, que no fue percibido por la gente. A medida que la cápsula se iba alejando, se podía ver de nuevo todo tan pequeño, pero la Tierra muy redonda, girando rápidamente, una mitad con luz y la otra en oscuridad. Luego, se volvió a escuchar el empalme de la cápsula con la estación, los astronautas que vivían ahí se dirigieron prontamente a abrirla y con asombro encontraron una nota que decía: Mi labor está hecha, es hora de iniciar mi nuevo camino.

Al lado se encontraba todos los instrumentos y los reportes realizados en la travesía. Mi humana, como dicen los gatos, entendía que nuestra relación no era para siempre, que a pesar de ser yo una creación especial, tenía que descubrir mi otra esencia. He disfrutado cada día como un gato, solitario, pero pleno, viendo cada amanecer y, en las noches, mirando hacia el infinito, viendo pasar lo que alguna vez fue mi hogar.

13. Mierda en la cara

Mierda en la cara

— Daniela Largo

Por doquier, la gente anda con mierda en la cara, ni lo saben, pero todos los demás lo pueden ver. Siquiera el papel higiénico nos sirve para limpiar esta mierda. Yo no soy la excepción, mi cara está llena de mierda, por eso me voy.

Mis padres, ricos, correctos y cristianos me hacen querer vomitar cada que dicen "Querida, no coloques los codos mientras comemos" o "recuerda que pagamos por tu educación" Una mierda todo eso ¿A quién le importa si pongo los codos encima de la puta mesa? ¿Y mi educación? Solo una oportunidad para llenarme de mierda la cabeza. ¿En qué año murió Julio César? Ese cabrón estaba loco. ¿Quién habla de sí mismo en tercera persona? Solo un lunático. Gente así no debería ser importante para nuestro mundo. Así de narcisistas son los padres fundadores de nuestro hemisferio occidental, por eso evolucionó en una pila de mierda.

Putos locos todos. Cuando mi padre vendió en piano de cola donde mi abuela me enseñó sobre música, lo decidí, lo deirme, lo de escapar de todo lo irracional de mi vida "primorosa y divina". Entonces, empaco un par de cosas, y salgo por la parte oeste de la ciudad en mi auto.

El hotel que reservé es de esos donde las gachis sin dinero se encuentran con sucios hombres que parecen máquinas fotocopiadoras con todas sus partes desbaratadas. Nunca he estado en un lugar así y todo el mundo lo nota. Veo cómo en cada ventana se dibujan caras curiosas preguntándose en cuánto podrían vender el retrovisor del auto. A mí me importa una mierda. Por mí que le quiten cada pieza, que la vendan por crack o por comida. Si quieren les doy las llaves, ¡voilà!, mis padres no podrán rastrear me con el GPS del auto.

Al entrar a mi habitación, sé que no cambiaron las sábanas porque la tela se ve transparente por el sudor de quien sabe quién tirándose a quien sabe quién. A mi este tipo de cosas me pone cachonda, sobre todo porque sé que si esas chicas estuvieran con alguien que entendiera de coños y vulvas la figura transparente no sería uniforme. Siento repulsión por la masculinidad, siempre perdida, siempre

dormida, siempre egoísta.

Alguien llama la puerta. Una linda morena está mirando por la inmensa ventana. Cuando me ve, sonrío.

—¿Buscas a alguien?

—La verdad es que sí, pero creo que estaba buscando mal ¿Quieres una cerveza? Tengo algunas en el auto.

Entonces la sigo hasta su auto, la parte trasera estaba llena de botellas, ropa sucia y dildos coloridos. Ella se sienta al volante y yo a su lado. Es enloquecedor verla, su cabello se sincroniza con sus gestos, su sonrisa no tiene ambiciones, en sus ojos veo sirenas, piratas, islas desiertas. Historias maravillosas sobre niños que nunca crecen son contadas por sus pupilas negras. No puedo dejar de mirarla. Creo que es actriz o tal vez bailarina, pues cuida de cada movimiento de sus manos, de sus piernas, controlando el tono de su voz dependiendo el tema del que hablemos. Tal vez había creado algún tipo de esquizofrenia y toda esta maravilla de situación no está pasando. Le toqué la mejilla para asegurarme que no era un engaño de mi psiquis. Y allí están sus pómulos firmes, sostenidos por una pequeña sonrisa de desconcierto.

—Pensé que eras una alucinación —le dije y ella sonrió.

—Yo estaba pensando exactamente lo mismo.

Veinticuatro cervezas después, la invité a mi habitación. Y, sin darnos cuenta, ya estábamos besándonos en medio de la habitación. Sus labios están fríos, es refrescante besarla. Se sienta en el borde de la cama, y prende un porro que saca de su bolsa. Yo la acompaño, como buena amiga. Nos reímos de su estúpido marido, de los polvos tristes de la adolescencia y de su espontánea aceptación de su atracción hacia el género femenino. La sensualidad femenina es real, florece espontáneamente, es una virtud que tenemos. Es inevitable no volverse loca por una chica.

Cuando hablamos, incluso de estupideces, la fuerza que se posa tranquila en nuestros ojos, sin mostrarse agresiva, pero dispuesta a clavarle los dientes a cualquiera si es necesario, se muestra como un fuego al rojo intenso.

Cuando se tumba no puedo evitar besarla. Voy a enloquecer. Entonces ella se quita el vestido. Ahora sé que ya enloquecí. Su espalda me recuerda a un cuadro de Eckerberg. Perfecta en sus contrastes, olores y formas. Sus nalgas son una extensión de mi locura, una afirmación de lo irreal. Su coño, nuestros ojos, mi entrepierna terminarían con la sed del mundo.

Al despertar no queda mucho de aquello, ella tiene puesto su vestido amarillo. Cuando logro estar lo suficientemente cuerda para preguntarle, lo hago.

—¿No te quedas?

—Tengo que seguir con la búsqueda que pospuse ayer.

Me da un beso en la mejilla y sale sin decir nada más. Oigo como su coche se aleja por la carretera. De esto va la vida, pienso, conoces a la chica más maravillosa y

simplemente te deja en un cuarto de hotel robándose los vestigios de la cordura que te habían traído hasta aquí.

Me ducho, me visto, y empaco mis cosas. Afuera está haciendo calor como siempre a esta hora. Me queda aún mucha carretera para estar lejos de la mierda. Me siento en la orilla de la cama donde ella estuvo sentada fumando. No me importa nada la vista de las montañas amarillas, solo quiero animarme con los recuerdos de la noche anterior. Solo quiero recordarla con su pelo, su pecho, su espalda, su capacidad de hacerme ver lo bellas que pueden ser las noches nubladas. Y cuando mi mirada se posa sobre la puerta del baño... veo una nota en papel higiénico.

14. Ecuación

Ecuación

— Lorena Sánchez

Había hastío acumulado, rebeldía exacerbada y ganas de incorporarse a la vida por la vía de la libertad, como las aves migratorias que tienden sus alas y vuelan alto sin mirar fronteras. Tenía las manos sudorosas sobre el volante y la mirada clavada al frente, sin un plan fijo. Era una ecuación sencilla, el joven sentía que había que dividir la carga que lo sofocaba, en esa operación nunca contempló la resta. Tres calles adelante, girando a la izquierda dentro de la casa naranja adornada de ojos de poeta, estaba ella. Bastó con el viento de un silbido para arrastrarla dentro del coche, lucía preparada, ¿preparada para qué? Se preguntó él mentalmente.

—¿Cómo sabías que vendría? Es viernes —dijo ella, como si se tratara de una obviedad a la que estaban acostumbrados. —Te ves tenso —añadió— a veces eres tan frágil.

Él, quien la había buscado precisamente para no sumarse penas, la vio a los ojos con resentimiento y ella, en juego, lo veía con cara de terror. Pisó el acelerador y empezó a conducir rápidamente, su rostro se iluminó como si de la nada una grandiosa idea lo hubiera abrazado. Ella, que no solía hacer muchas preguntas, seguía así, sin hacer preguntas. De repente el joven detuvo el auto en medio de las vías del tren.

—Te dije que no quería volver a jugar esto —dijo ella, mientras escuchaba, a lo lejos, el maquinarse de la locomotora.

—¿Por qué? Si parece que hoy te sientes muy valiente.

—Y tú te comportas igual de predecible. Haces estas cosas cuando quieres demostrarte que no eres un cobarde, cuando no tienes un plan —le decía, a la vez que se acomodaba en el asiento como para tomar una siesta, despejando la ventana y dejando ver la locomotora que se acercaba.

Sin más, el joven encendió el auto, guardó silencio y siguió conduciendo. Más adelante sobre la vía observó a tres de sus amigos vagando, tocó el pito y ellos abordaron el auto entre bromas y sonrisas. En ese momento sintió que, a pesar de

que la ecuación estaba resuelta, los problemas acababan de empezar. Esa idea le divertida enormemente.

15. Tan solo un clavo

Tan solo un clavo

— David Stiven Silva Velandia

Nos encontrábamos una habitación oscura, tan oscura que no veíamos nada, absolutamente nada. Era una de mis primeras experiencias como niño cuidando a dos mellizos de siete años de edad. Ignorando el negro total, les pregunté en mi preocupación afanada si se encontraban bien. Ambos asintieron con sus cabezas, lo supe por el suave crujido de sus cuellos que sentí con mis oídos, porque también todo estaba en silencio. Busqué sus manos y las pude encontrar después de tropezar mis pies con un clavo mal ubicado en el piso de madera. Los agarré sin mucha precisión y me dije a mí mismo que tenía que ser su guía, casi se echan a llorar, pero los pude calmar diciéndoles que pensáramos que era un juego y que debíamos ver sin utilizar los ojos.

Les pregunté por lo que veían, uno me contestó que un laberinto, que estábamos en un laberinto y el otro me dijo que estábamos en el espacio, que podía sentir el olor de los planetas y las estrellas. Entonces les dije que jugáramos a salir del laberinto para ver brillar los planetas. Dimos vueltas, muchas vueltas. Olí el vómito de los pequeños mareados, viajamos a pie durante muchas horas. El laberinto era inmenso y sus paredes eran de terciopelo. El piso cambió, de madera pasó a ser de linóleo liso, pero no encontramos a nadie más, éramos los únicos allí. No había rastro de algo más, ni siquiera un animal o una cosa.

Por un momento pensé que el hambre iba a ser un problema más tarde y pensé en quién sería el primero en despertar. Los pequeños tenían sed y, por suerte, el piso se tornó húmedo. Cada vez que avanzábamos el líquido iba subiendo de nivel hasta nuestros talones y los dos infantes se postraron ante él, pero era agua salada y hacía mucho calor. Cuando probamos el agua, porque también yo estaba sediento, salimos disparados del desespero y los tres fuimos recibidos por una piedra que a ellos les dio en la cabeza y a mí en el tórax. Todos quedamos inconscientes.

Yo desperté primero, un ruido me sacó del sueño, eran olas, olas de mar chocando unas sobre otras y haciendo "SUACHHHH", como alguien cuando pasa las páginas

de un libro, una tras otra. Los llamé por sus nombres durante varios minutos hasta que me respondieron. Les pregunté cómo estaban y noté uno más atontado que el otro. Intenté levantarlos y el atontado tenía la cabeza empapada de un agüita espesa y tibia. Lo limpié con el agua salada y los tres nos pusimos en marcha. El laberinto se angostaba hasta tal punto que tuvimos que seguir a cuatro patas, ellos atrás y yo adelante. Fueron un par de horas hasta que el sonido se hizo más intenso. Nos pudimos poner en pie de nuevo y seguimos avanzando. Parecía que habíamos salido, sentimos el mar más cerca.

Confirmé que sí, por unas salpicaduras en mi pelo. Salimos, pero todo seguía negro y había otro ruido además del mar: dos niños que se tropezaron con un clavo y estaban llorando.

16. Sinluz

Sinluz

— Hortensia Resacas



Mi madre siempre decía que los drogadictos son gente mala. No hablaba desde un corazón de odio y de maldad como esos seres que en los años 60 perseguían a hippies, culpándolos del crimen más asqueroso de todos los tiempos: drogarse. Ella lo decía desde su posición de ignorancia y miedo frente a aquellas sustancias que, en su época, enterraron a peladitos en la calle porque la droga opacó cualquier idea de vivir en propiedad privada.

Pero nosotros, nacidos en grandes ciudades, con la globalización, veíamos las drogas de un modo filosófico. Hasta el punto de justificar la adicción con argumentos que, aunque no aceptábamos, sí que nos ponía a dar vueltas una y otra vez sobre las oraciones pronunciadas entre carcajadas y seguidas de un "pero a lo bien".

Mariana, su novio y yo nos colocamos el cartón en la mitad de la lengua. Uno, dos, tres. Nos conocíamos desde el colegio. En octavo, ella se fue a vivir al centro, dos años después de conocernos. Yo buscaba cualquier excusa para irme a parchar por allá. La última vez que nos vimos fuimos a farrear, terminamos peleando esa noche. No nos vimos luego del accidente.

"La ceguera es una virtud, que te permite escuchar, oler y sentir todo mejor" decía mi mamá cuando en los ataques de pánico solo pensaba en arrancarme los ojos de las cuencas. Yo le gritaba "pa' qué voy a querer ojos que no sirven".

Entramos al bar con todo lo que llevábamos encima escondido en espacios caletos de chaquetas, jeans y cucos. Yo me parcho resto, por eso la gente es todo bien conmigo. Ni siquiera me requisan, luego me dan palmaditas en la espalda y hablan en voz baja sobre cómo un ciego soporta esa farra tan brava. Adentro el plan es simple. Parcharse y vender.

— 21 el perico, 30 el trip, 10 la maria, 30 el popper —dice Mateo, el novio de Mariana.

—Todo bien, chino, que usted es un teso.

Nunca le vi la cara, porque al quedar ciego y confinado en una cama por tres meses, ella se cuadró con él. Muchas cosas pasan en tres meses. En tres meses la gente conoce mucha gente, se follan y se cuadran.

Estando adentro, todos me reconocen, aunque es verdaderamente difícil reconocerlos a ellos porque esas voces se distorsionan con el techno, se funden con las melodías y se hacen inteligibles, como un idioma extraterrestre musical. Uno de esos pelados de plata que se gastan todo lo que le dan los papas en farra, Fabián, me dice "Sinluz". Por él conozco a todo el parche que farrea en Chapi. Fabián me presenta a su novio, un man con una voz súper gruesa. Al escucharlo hablar, puedo oír como los bajos de la música se sincronizan con su voz.

—Sinluz, Montealegre. Montealegre, Sinluz. Este pelado es el ciego más farrero que conozco —dice Fabián. La verdad es que sí era así. Antes nunca había visto a un ciego rumbeando por acá.

Me parché con Fabián por ahí. Vendí algo de hierba y trips. Encendimos un porrito en el balcón mientras todos los pelados me preguntaban cómo se sentían las drogas sin poder ver. Luego bajé al baño para tratar de vender algo más, pero nada, solo sangre y vísceras por allá. Mis parceros se habían desaparecido. Yo siempre pasaba las farras con gente que ni conocía, así las cosas eran más fáciles, no tenía que ver a toda hora a Mateo y Mariana besándose.

Estaba bailando con una nena cuando Mariana me tocó el hombro.

—Pana, no encuentro a Mateo, no sé qué le pasó —me dijo.

Yo tengo ese presentimiento cuando salgo a farrear que en estas noches es más probable que todo se vaya a la mierda. Imaginen, gente tomada, drogada, gente desconocida, con quien sabe qué clase de videos en la testa por ahí codeándose entre ellos. Gente muerta de celos. Gente a punto de estallar, a punto de clavarle a

uno un cuchillo si se baila muy pegado con la pelada que es su pelito. O esa gente guiada por la coca que le grita babosadas a uno. Las cosas más videosas pasan en las farras.

Comenzamos a buscar por todo el bar a Mateo. Yo lo preguntaba y todos decían que no lo veían hace rato. Quien sabe cuánto tiempo pasó para darnos cuenta de que no estaba por ahí. La gente estaba alborotada, había gente gritando. Normalmente no se habla tanto en estas farras, pero escuchaba muchos murmullos.

—Venga, no me quiero malviajar, pero hay un man muerto en el baño —me gritó Fabián, cogiéndome la cara.

Y empiezo a sentir pequeñas figuras con puntas filosas en cada una de mis yemas. Me duelen, me dan cosquillas, me desconcentran. De repente, el mar aparece frente a mí. Las olas golpean mi estómago, mis muslos, las calles frías de Bogotá, los hoteles frente al mar, al mundo en medio de la oscuridad universal. Escucho el mar. Los peces pasan a mi lado, la infinidad pende de mis yemas. Me quiero morir, es lo único en lo que puedo pensar.

¿Por qué no fui el dichoso del baño? ¿Por qué no fui él? Creo que a Mateo sí le gustaba vivir. De hecho, le temía a la muerte, lo pude ver en sus ojos.

Navegué hasta el baño entre vestigios de embarcaciones españolas en el puerto de Cartagena, con algas en cada parte de mi cuerpo y con hambre de marinero. Al entrar, empujé a la horda de gente que había alrededor del cadáver. Mariana me tomó del brazo.

—:Puto ciego de mierda, lo mataste —me gritó.

Mis piernas se volvieron pilares de catedrales inmensas sin la esperanza de volver a moverse. Las voces galoparon hasta mi interior desgarrando mi cordura en pedazos, comiéndosela, follándosela.

—¡No he hecho nada! Estuve en el balcón todo el tiempo ¿cierto, Fabián? ¡No entré al baño! ¡Nadie pudo ver nada!

Mi madre está sentada en la mecedora de la casa que tenemos en El Llano. Ella está bordando unas flores que le había dibujado hace meses pero que, por falta de tiempo, no había podido terminar. Canta algo sobre una vaca que hace leche, queso, yogurt y manteca. Ella se ríe muy chistoso y me pega la risa. Es una lástima no haber heredado tremenda virtud. Está haciendo mucho calor, así que sacamos el ventilador al solar.

—Mi amor, no llores más. Fue culpa de la droga. No llores más —dice mi mamá. Fabián me tiene cogido de la cabeza y me grita que no me vaya, que me relaje, que todo bien. Veo triángulos azules, demonios neón que me juzgan en su posición. Me tranquilizo un poco.

—Perro, ¿qué hizo cuando se fue esos diez minutos pa'l baño? —preguntó Fabián.

17. Mirando con el corazón

Mirando con el corazón

— Luisa Fernanda Gómez

¿Cómo expresar esa sensación? El cielo completamente azul, un día cálido, las olas del mar corriendo suavemente pero con un sonido fuerte que penetra en tus huesos, que te hace sentir miedo si decides salir a mar abierto. Los árboles se mueven en perfecta armonía, hay tanta paz que no quieres moverte de ahí y sabes que ese es tu hogar, a donde perteneces, que esos monstruos arbóreos son parte de tu familia, las aves volando libres, tu cara sintiendo el viento fresco pero a la vez cálido, el agua del mar también te moja, todo es paz y armonía sin preocupaciones ni dolores. Se llega la hora de partir de ese hermoso lugar, mis hermanos los árboles, mis amigas las aves y los animales del lugar me acompañan a esa cueva misteriosa y oscura a la cual no quiero volver, pero todos los días debo entrar, sentir esa realidad que me agobia cada mañana al despertar. Miro por última vez ese paisaje tan hermoso y esa agua cristalina que me hace sentir viva de nuevo, pero todo se va oscureciendo, ¿qué sucede?, grito con todas mis fuerzas pero nadie me escucha.

—¡Ayuuuuda! —exclamo sin cesar, siento unos brazos en mi cuerpo, que me toman con todas sus fuerzas, sigo gritando —¡que alguien me ayude... por favor! —. Pero sigo sin recibir ayuda.

Escucho una voz a lo lejos diciendo mi nombre suavemente, me saluda, y dice: "hermanita, despierta, es hora", abro mis ojos y me doy cuenta de que esa paz y tranquilidad que sentía era solo un sueño, ¡MALDITO SUEÑO!, exclamo en mi mente: esa utopía que me acompaña día tras día, todas las semanas desde lo que pasó. Mi hermana, con todo el cariño del mundo, ha cuidado de mí desde entonces. No la veo, pero siento tristeza en su rostro. No la veo, pero escucho sus lágrimas correr. Siente dolor, ansiedad, las dos nos hemos vuelto como una sola persona, como esos hermanos gemelos que no se pueden separar el uno del otro.

"Ya estás lista, ¿Cómo te sientes?", pregunta ella. Quedo en silencio, cerrando los ojos y volviéndolos a abrir con la esperanza de poder volver a ver y echar para atrás la decisión que he tomado, pero el resultado es infructuoso. Es hora de partir y ella

sigue haciendo parte de ese camino y esa decisión que ha sido difícil para todos, pero siempre me he caracterizado por ser determinante en mis decisiones.

Salimos de casa a un rumbo desconocido para todos, porque no sé qué va a pasar después de esto, pero con la certeza de que estaré en paz y tranquilidad tal cual como lo viví en mi sueño. Llegamos a un lugar tranquilo, perfecto para desaparecer, tal vez no lo veo pero lo siento, mi hermana me lo describe como un lugar apacible, pintado de color crema y blanco, y me pregunta "¿estás segura de tu decisión? No me dejes, yo te necesito, acá te van a atender bien, pero no va a ser mejor que mis cuidados". Le digo que no se preocupe, que es el momento de estar mejor y que ella debe hacer su vida, y no desperdiciarla cuidando a una ciega como yo.

Nos encontramos en una habitación, están las personas encargadas y mi hermana, me esfuerzo por verla una última vez, pero sigue siendo imposible, solo puedo sentir y en cierto modo ver una luz muy muy brillante que sé que es ella, que me seguirá cuidando y acompañando por siempre. Mientras veo esa luz, siento un leve pinchazo y un líquido que entra poco a poco. Ese, ese es el fluido de la muerte, siento como recorre mi cuerpo y apaga todas mis funciones. Siento esa mano fuerte sosteniéndome y sé que estará ahí siempre.

Mis fuerzas se apagan lentamente y vuelve a mí la alegría, regreso a mi amada isla, con sus animales y árboles, recibíendome con amor y calidez. Por fin me siento libre, en paz y puedo ver otra vez.

18. Cuestión de aceptar

Cuestión de aceptar

— Miva Garmo



Hoy, no más que ayer pero sí menos, he vuelto a contemplar la oscuridad, no es que tenga la capacidad de verla, solo presumo su existencia en la mancha que compone mi despertar.

Al final sé que en meses, tal vez semanas, días, horas o incluso minutos no podré percibir ni el brumoso paisaje que, independiente del vacío que representa, es consuelo. Con la intención de ser libre del sentimiento que se cierne sobre mi ropa penetrando huesos y pensamiento, he planeado un viaje, pero a su vez he frenado preguntas sobre este. Me harté del miedo, y soy consciente de mi situación, por ello no guardo esperanzas o al menos de eso me convengo.

Sé que jamás recuperaré los colores y la dedicación que deposité cuando hacía lo

que amaba, lo que se convirtió en un dolor punzante en mi pecho. Las noches en vela con mis libros no volverán, los sentimientos de paz al ver a mi familia y el deslizar del pincel en el lienzo tampoco lo harán, quizá extrañar lo que extraño es absurdo. Me mortifica que las cosas que antes alimentaban mis esperanzas, hoy sean la cubeta de agua fría que las apague.

Decidí no viajar sola, por ello he arrastrado a Memoria y Remordimiento, tal vez no sean los mejores pero estoy desesperada y sola. Los conocí en momentos que considero difíciles: Memoria apareció cuando perdí a un ser querido, alimentó mi corazón con las imágenes de antaño, por el contrario Remordimiento era más un intruso recordándome con pesadez los errores cometidos. Tal vez ellos puedan ayudarme a superar esta "etapa" como decidí llamarla, lo verdaderamente complicado es que no sé qué estoy buscando y qué haré si lo encuentro.

Tras transcurrir una semana, siento que estoy lista para emprender mi viaje de "autodescubrimiento", contacto a mis amigos y me preparo, la ruta consiste en tres lugares o cosas, no estoy segura, decidí comenzar con mi familia, hace mucho tiempo no estaba en una reunión familiar y pensé que asistir a una era la mejor opción. Llegado el momento, la única sensación que me invadía era el terror, al mover la cerradura metálica de la puerta, el rechinar habitual me delató y las risas se detuvieron como si adivinaran el palpar de mi corazón, permanecí inmóvil a la espera de lo peor, por fortuna dulces abrazos y besos era lo que me esperaba, las lágrimas me invadieron. Estaba equivocada, había supuesto por tanto tiempo que era odiada por ellos, mi familia. Todas esas dudas se desvanecieron al reconocer la proximidad de mi madre, acompañada con ese maravilloso olor que era mi infancia. Recordé. Recordé el amor.

En el final de la dulce reunión, Memoria, Remordimiento y yo nos dirigimos a mis libros, yo estaba un poco más fuerte, un poco más decidida. En mis fieles mundos dormitaba en ese desvencijado armatoste que, a pesar de ese espantoso rechinar, aún me reconfortaba. Tomé un libro y el tacto fue maravillosamente tortuoso, cada página era una bofetada a mi recién adquirida discapacidad, puesto que jamás volvería a ver esas brillantes páginas, a esas hermosas y redondas letras. Horas más tarde me despedí con amargura, pero consciente por primera vez de mi dolor. El lugar de mi arte lo dejé de último, por ser el más duro de afrontar. Entré a la habitación, calculando los pasos, tropecé con pinturas liberando así el peculiar olor que solo pertenecía a ellas, justo allí me desmorone, las lágrimas cruzaron el oscuro mar de mis ojos, me convertí en una masa harapienta que gemía y se retorció ante la belleza que jamás podría alcanzar entre sus manos de nuevo. Memoria y Remordimiento me abrazaron hasta que un estupor me envolvió.

Ese día renací. Ahora lo recuerdo con ternura, mientras leo, pinto y vivo.

Ese día deshice una parte de lo aprendido y comencé a construir algo nuevo con Memoria tomándome de la mano y besando mi frente. Remordimiento murió, nos dijeron, de una extraña enfermedad para los de su clase perdón le decían. También

entendí algo muy importante con su partida: no era mi enemigo, era mi reflejo, al final no era una masa harapienta sin rumbo, no había nada que encontrar, pues realmente nunca busqué.

19. Nubes moradas en el cafetal

Nubes moradas en el cafetal

— Daniela Largo



Mamaíta ¿se acuerda cuando subíamos a traer flores de la finca de doña Anita? Le llevamos pan para comer con el café negro, negro que ella hacía. Una vez que usted estaba hablando con mi papaíto de que la pobre se había quedado sola desde que sus hijos se fueron pa'la capital. “Esos chinos desagradecidos no volvieron al ranchito de Anita y el finado Alfredo” dijo usted. Yo pensé, pero tan bonita que es esa señora ¿por qué la dejarían solita? Ese rancho se había construido por allá en los 60 con ayuda de unos gringos de Alemania que venían dizque a estudiar las flores más bonitas del caserío “El diamante, Santander”.

Una mañana, mamaíta, usted me levantó tempranísimo para subir puallá. Yo no entendí por qué el cambio de horario, pues siempre subíamos por la tarde. Pero

le dije nada a usted porque yo la quería acompañar. Y gracias a Dios que lo hice. Nuestra finquita está rodeada de naranjos que rasgan el cielo con sus ramas. Nunca podía ver el sol asomado en las montañas. Pero con la vista que tiene la finca de doña Anita, seguro que podría ver el amanecer.

Entonces me puse unos zapatos que mi tío, el padre me había traído el mes pasado, que no me quitaba nunca y una ruanita que habíamos tejido con mi mamá. Caminamos por detrás de la casa para alcanzar el camino que los de la vereda "el volcán" habían hecho por sus múltiples excursiones al pueblo para vender lo que sea que trajeran. A buen paso se llegaba a la finca de doña Anita por ahí en una hora. Era una subida dura. Si usted era flojo como mis hermanos, se demoraba por ahí dos horas. Mi mamá me pedía que fuera con ella porque yo era la más verraca de todos mis hermanos. Flojos, flojos ellos.

Al llegar a la finca, salió Negro, el perrito que no dejaba a doña Anita "ni pa'cagar" decía mi mamá. Ese negro era bravo, no deja que nadie entrara a la finca sin permiso de doña Anita. Y aunque usted era invitado de ella, Negro se la pasaba toda su visita a la pata suya pa' ver que usted no hiciera nada que a él no le gustara. Y había un montón de cosas que no le gustaban.

—Doña Anita —gritó mi mamá desde la entrada. Sin aprobación no podíamos entrar.

El silencio comenzó a oprimirme el pecho. Los grillos, las luciérnagas y Negro eran los únicos con vida en ese mundo muerto que giraba, gritaba y hablaba como un vivo.

—Doña Anita, le traje temprano el pancito porque escuché que usted está enfermita —volvió a decir mi mamá.

Entonces, Negro comenzó a gruñir pasitico. Yo creo, más bien, que estaba llorando. Todavía estaba de noche, solo veníamos lo que mi mamá alcanzaba a iluminar con la Coleman en la mano derecha. —Doña Anita, yo le puedo ayudar con lo que necesite hoy y los días que quiera —le dijo. —Vámonos mamita que esto está como raro —me dijo después a mí.

Cuando comenzamos a bajar otra vez, escuchamos un grito, como un sollozo ahogado. Mi mamá se volteó instintivamente. Las mamás siempre están dispuestas a arriesgar el pellejo por alguien que quieren, doña Anita era la adoración de mi mamá. Me dio la Coleman y arrancó a correr hacia la casita iluminada por la luz de una vela encendida. Negro no salió corriendo tras ella como yo pensé, por el contrario, se quedó mirándome como preguntando "¿Y ahora qué?" Resulta que Negro también tenía miedo como yo, porque a esa hora salían los duendes. Negro y yo nos hicimos amigos de un segundo para otro, por si aparecía uno entonces junticos le hacíamos frente.

Comencé a caminar pasitico, con miedo que Negro se arrepintiera de haberse hecho amigo mío, pero nada, se fue detrás. Cuando llegamos a la puerta de la casa, llamé

a mi mamá —Mamaíta, por favor dígame algo.

Pero nada, no hubo respuesta. Entré a la sala donde una veladora negra iluminaba con terror la estancia. En cualquier momento, los duendes saldrían en manadas por detrás de los muebles. Las sábanas blancas, con las que doña Anita cubría los muebles rotos que mi tío, el padre le había regalado un día de la madre, estaban manchadas por todas partes. En esas, doña Anita sale del cuarto con la cara toda llenitica de sangre diciendo unas vainas que yo no puede entender. Negro, que todo el tiempo estuvo a mi derecha oliendo cualquier cambio en la atmósfera, salió rapiditico apenas la vio. Yo empecé a decirle que cómo estaba, que dónde estaba mi mamá, ignorando todo para mostrarme amable. Cuidaba de cada movimiento para que a ella no se le fuera a estallar esa locura dormida que en sus ojos se mostraba como un brillo rojizo. Sin decir palabra, pasó a mi lado y salió al patio.

Caminé hacia el cuarto, y encontré a mi mama tendida en la cama toda cubierta de sangre. La Coleman que tenía en la mano se cayó haciéndose pedazos, proporcionándole a la angustia total oscuridad para fantasear libremente. Entonces, empecé a tocar a mi mamá por todas partes y encontré en su estómago las heridas por donde la sangre brotaba a caudales. Caí de espalda contra el piso de madera ¿Qué hacía? ¡Estábamos lejos de todo! ¡A mis hermanos! Están a una hora subiendo ¿Qué podrían hacer? Yo no iba a dejar sola a mi mamá ¡No tengo tiempo! ¡Nadie me puede ayudar!

Ciega, comencé a buscar en el piso un pedazo grande de vidrio. Salí a la sala y no la vi por ahí. Así que, salí al patio para buscarla. La vi en medio del cafetal flotando por encima de las matas, con un brillo rojo alrededor de todo su cuerpo. Algo en su estómago tiraba de ella hacia el cielo. Mi instinto me ordenó correr montaña abajo, pero el dolor, de ver a mi mamá tirada en una cama llena de sangre, me guio hacia ella. Salí corriendo hacia los cafetales y desde una piedra salté hacia doña Anita. El vidrio penetró su estómago y se perdió en él.

Al despertar del sueño, su cara estaba deformada, su quijada se había estirado a la altura de su pecho. Sus ojos iluminando todo el cafetal me miraron con rabia. Me tomó por el cabello y tiró de mí hacia arriba. Empecé a subir con ella hacia el cielo impulsadas por una fuerza infernal. Entonces, el hermoso amanecer apareció tras las montañas. Nunca había visto un amanecer morado. Pero allí estaba el sol dorado saliendo envuelto entre nubes moradas que danzaban y cantaban alegrías por el comienzo de un nuevo día. Por la promesa de que en el hoy hay esperanza de renacer. Entonces los gritos de Doña Anita y los míos se fundieron con los cantos jubilosos de las nubes moradas que empezaron a iluminar todo el cafetal.

20. Coincidencias sinuosas

Coincidencias sinuosas

— Walter Lozano A.

Era 16 de septiembre a las 4:30 de la mañana. Despertó aletargado. Su esposa le tenía lista la maleta desde la noche anterior. Al sentirlo despertar, ella le mencionó lo raro que se le hacía que aceptara un viaje a la costa, considerando el fastidio que tenía hacia estas personas, ya que su cuñado era de allí y había maltratado a su hermana. Tuvo un compañero de escuela que lo molestaba de pequeño y era de allí. Vecinos ruidosos que, en tres o cuatro ocasiones, no lo dejaban dormir lo poco que podía dormir, dada la naturaleza de su trabajo. Aparte de todo, su hermano menor había sido asesinado por el bloque caribe. Dadas estas coincidencias había generado desprecio por las personas de este lugar.

Todo esto se lo recordó su esposa en la mesa mientras tomaba un café con huevos y arepa como era de costumbre, con el pantalón puesto y sin camisa. Él permanecía en silencio.

—Nunca has aceptado un viaje a la costa, ¿por qué el cambio repentino? —insistió ella.

—Sentí que debí tomarlo, ¡el pago es bueno!, además tengo curiosidad por conocer gente que no sea tan hijueputa como la que he conocido. Se levantó, tomó su maleta, le dio un beso a su esposa, entró al cuarto de sus dos hijos y se despidió con un beso en la frente como era de costumbre.

El 17 de septiembre llamó sobre las 4:30 de la tarde, ya que sabía que a esa hora todos se encontraban en casa.

—Siempre llevo cosas a casa de los lugares de donde viajo, pero esta vez siento que si compro algo de pronto no llegue a casa —le dijo a la esposa.

—¿Qué cosas dices? —respondió ella un tanto sorprendida. —Me refiero a que por el calor y el trayecto tan largo, las cosas se pueden dañar —respondió por salir del paso.

Pidió hablar con los niños: primero con la niña, luego con el hijo mayor.

El hijo colgó el teléfono con una cara de asombro y perplejidad. —¿Qué te dijo?
—preguntó mamá.
—Nada en particular —respondió.

El 18 de septiembre, a las 7:00 a.m., la mamá despertó a su hijo abruptamente.
—Tu papá sufrió un accidente a las 4:30 am, justo doce horas después de la última llamada. Debo ir al hospital. Está en Cuidados Intensivos.
Sin responder nada, recordó lo que su padre le dijo, lo que no quiso contar a su madre: “Si yo llegase a faltar debes hacerte cargo de la familia”.
Inmediatamente se levantó y, mientras escuchaba la sección del programa de radio que siempre escuchaba “Un día como hoy murió...”, recordó que su padre le contó que su tío, el hermano menor, murió un 19 de septiembre y, dos años después, nació él. En honor a este, le puso el segundo nombre que tanto detestaba. Al siguiente día era la conmemoración de la muerte de su tío y a la vez, su cumpleaños. A las 11 de la noche, mientras la esposa aún iba en camino por carretera, ya que no había podido ir en avión porque el clima retrasó los vuelos del día anterior, recibió una llamada del hospital, —Su esposo es muy valiente, ha sobrevivido a dos cirugías el día de hoy y asimiló muy bien la transfusión de sangre. Está en coma inducido. Necesitamos que nos autorice algo: es imposible salvarle las piernas, así que ¿autoriza usted la amputación? —dijo el doctor. —No lo sé doctor, él una vez me dijo que no soportaría estar postrado en una cama, yo no puedo tomar esa decisión —respondió, llorando. —Igual dentro de nuestras funciones está tratar de salvarle la vida, con la junta médica decidiremos qué hacer —dijo el médico y colgó.

Pasados 20 minutos llamó el doctor nuevamente.
—Lamento informarle que su esposo acaba de fallecer— dijo con voz temblorosa.
—Al terminar de hablar con usted entramos en junta médica aquí mismo, en la Unidad de Cuidados Intensivos. Decidimos que lo mejor era amputarle las piernas, pues con lo avanzada que está la biomecánica era posible hacerle una prótesis. Pero, después de esto, entró en paro cardiorrespiratorio, como si hubiese tomado la decisión él mismo —respondió el médico.

21. Un viaje, un amigo, una promesa

Un viaje, un amigo, una promesa

— Luz Quintero

Es una mañana soleada en una pequeña vereda escondida en las profundidades de Colombia, una pequeña niña yace ayudando a su abuelo a acomodar la silla de montar encima de un caballo negro como la noche, mientras él termina de asegurar las hebillas alrededor del lomo. Ella cepilla la crin del caballo con delicadeza, según le habían contado era un animal agresivo, un ser indómito que no se dejaba montar ni por el mejor jinete de la vereda, a no ser que fuera su abuelo o su madre, digna representación del alma fuerte y salvaje de su progenitor, pero a los ojos de aquella niña ese negro corcel era manso como los perros de caza que se encontraban moviendo la cola al vaivén del canto de un ruiseñor, una vez terminada su labor en la crin del animal se vuelve animada hacia su abuelo.

—¡Ya he terminado, abue! ¿Te gusta cómo queda?

— Oh, mi querida bojotico, ese garañón tiene suerte de que lo mimes tanto, desgraciado malagradecido que ha botado el canasto con el avío la semana pasada, ahora yace manso bajo tu mano, casi casi parece potro enamorado, va a tocar que tú te lo quedas.

La niña reía ante las palabras de su ofuscado abuelo, le parecía gracioso su forma de expresarse, pero le daba cierto orgullo ser una de las pocas personas a las que el caballo más temido por los jinetes le hiciera caso.

—Abuelito, pero ¿qué dices? Soy muy pequeña para montarlo, ni siquiera toco los estribos con la punta de mis alpargatas.

—¿Pequeña tú? Bojotico, pequeñas las chirimoyas que aún están verdes para que te las puedas comer, pequeñas las zanahorias que tu hermano y tú sacan a hurtadillas de mi huerto, tú ya tienes edad para domar cualquier bestia que quieras, eres valiente y muy habilidosa, además has montado la yegua pinta tú sola ya varias veces, este es bastante parecido, aunque tenga fama de diablo.

—¿En serio crees eso, abuelito? —Decía la niña con los ojos brillantes de emoción.

—Claro que sí, bojotico, que seas bajita y te falte sopa de pinta no es razón válida

para que no puedas montar al garañón, déjame darte una mano para que alcances su lomo.

Mientras el abuelo subía la niña a aquel caballo, y ajustaba los estribos para que sus pequeños pies pudieran manejarlo, los perros de caza veían el panorama desde la seguridad del suelo, la emoción de emprender un viaje en solitario en semejante ejemplar hacía golpetear su joven corazón con gran ímpetu bajo su pecho, antes de darse cuenta, los preparativos ya estaban listos.

—¿Estás lista bojotico?

—¡Sí!

—Esa es la emoción, puedes ir hasta la mina de carbón que se abre paso en la montaña, es el final del sendero, hay un escampado cerca de la entrada, el bosque se traga el resto de vida, así que no vayas más allá de eso, no querrás encontrarte con la madre del cerro.

—Sí, señor. Pero, abuelito, ¿quién es la Madre del Cerro?

—Es una vieja diosa, hermosa como ella sola, pero solo cuando quiere, si haces algo que mancille el bosque o a sus habitantes, se convierte en una arpía que te arrastrará a lo más profundo del bosque para no volver jamás, por eso debes tener cuidado de no ir más allá de la mina de carbón, ¿entiendes, bojotico?

—Sí, abuelito, tendré cuidado.

—Esa es mi niña, antes de irte lleva este pan que hicimos ayer en el horno de barro, por si te da hambre, también lleva una zanahoria para el garañón, recuerda quitarle las riendas antes de darle de comer. Si algo pasa, este garañón cuidará de ti.

Tras escuchar las advertencias de su abuelo la pequeña niña toma su mochila para emprender su viaje hasta la mina de carbón, se despide de su abuelo y de los perros de caza que los acompañan y coge rumbo por la vereda, hasta la desviación que da a la montaña, siempre con la rienda del caballo envuelta firmemente en una mano, mientras la otra se sostiene del fuste de la silla en caso de que quiera saltar el animal, tal como su madre y su abuelo le habían enseñado, los pies siempre firmes en los estribos para mantener el ritmo en su andar. Tras un trecho de camino la niña se aburre y comienza una conversación.

—Señor caballo, gracias por dejarme montar en tu lomo, es genial poder guiar tu paso.

El caballo relinchaba altivo, la cabeza en alto mientras la riendas adornaban su cara, mantenía el paso lento, precavido.

—¿No sería genial si pudieras hablar conmigo señor caballo? Así podrías decirme porque no te gusta que los demás jinetes de la vereda se suban a ti, pero eso no es posible, los animales no hablan.

Ante sus propias palabras la niña se ríe un poco de su interesante conversación, el caballo vuelve a relinchar, como si estuviera de acuerdo con la risa de la niña, un

poco más adelante, cerca al claro de la mina, la niña se emociona de haber llegado tan lejos por sí misma, ajusta sus pies en los estribos y con un movimiento de las riendas le pide al caballo que acelere su trote, este hace lo que ella pide y trota rápidamente sin perder su elegancia, llega al claro y da unos cuantos trotes más en círculos antes de que la niña decida detener el paso, se acerca a una roca elevada y finalmente para al animal, con algo de torpeza quita los pies de los estribos. Luego, pasa con cuidado una de sus piernas por encima de la silla, toma con fuerza el fuste y de un brinco baja del inmenso caballo azabache.

—¡Hemos llegado, señor caballo! Muchas gracias por traerme hasta aquí ¿Qué te parece si nos tomamos un respiro? El corcel relincha en respuesta y baja su cabeza para que la niña pueda quitar las riendas que lo ataban, la niña saca la zanahoria de su mochila y se la ofrece con una sonrisa, él la muerde y con agrado se la termina rápidamente.

El tiempo pasa lentamente y el cielo presagia una tarde azul, el caballo yace recostado en la hierba mientras que la niña teje una trenza con su suave crin mientras tararea una canción inventada, todo es paz y calma. Los ruiseñores cantan desde los árboles, acompañando la tonada de la niña. De pronto, una nueva voz se une a la escena, la niña deja de tararear y deja la crin del caballo para buscar la dueña de ese sonido, al girar su vista, justo en el límite en donde inicia el bosque, encuentra a una mujer sentada en las rocas, sus facciones rozan lo irreal, su piel tostada por el sol y sus labios que se mueven ligeramente mientras canta a ojos cerrados, un gran faldón cubre sus piernas, y sus largos cabellos negros están enredados con flores y hojas de los más brillantes colores. Al percatarse que ahora se encuentra cantando sola, se detiene y al abrir sus ojos la niña queda asombrada, sus ojos son dorados.

—¿Por qué te detienes? —Preguntó la mujer.

—Lo siento, señorita, me ha sorprendido. ¿Quién es usted? —Dijo la niña tímidamente.

—¿Acaso necesitas saber mi identidad para seguir la tonada? —No, digo sí, digo... solo quiero saber el nombre de tan linda señorita.

—Los hombres de esta tierra me dicen Madre del Cerro. —Eres muy bonita señorita Madre del Cerro.

—Gracias, cría del hombre, tú no cantas nada mal.

Un silencio sepulcral se apoderó del claro en cuanto la madre del cerro se levantó de su lugar y caminó hasta donde se encontraban la niña y el caballo azabache, los ruiseñores habían cesado su canto y solo se escuchaban los suaves relinchos del corcel. En cuanto la hermosa mujer estuvo a un palmo de distancia de la niña, tomó su rostro entre sus manos

—No eres como ellos, ven conmigo, canta para mí —le dijo. La niña estaba aterrada, la cercanía con esa mujer era tal que notaba el leve olor a tierra mojada que su piel desprendía, las advertencias de su abuelo resonaban en su mente, su voz no salía,

no sabía qué hacer.

—¿Qué dices? Nos divertiremos mucho en el bosque, verás paisajes que ningún mortal ha visto antes, serás una musa más en mi jardín. Un relincho enfadado sonó detrás de la niña, el corcel ya no yacía tranquilo en la hierba, ahora estaba de pie, a su lado, con aire protector. Eso le dio valentía a la pequeña niña.

—Lo siento Madre del Cerro, no puedo ir contigo —le dijo con voz calmada.

La Madre del Cerro alejó con rabia, sus ojos ya no eran dorados, sino de un brillante color rojo, similar al del atardecer. —¿Cómo osas despreciar mi oferta, sucia cría del hombre? Pagarás caro tu desplante.

La tierra bramó con furia contenida y el suelo tembló bajo sus alpargatas, el cielo ya no era azul, estaba pintado de nubes grises que presagiaban tormenta, la niña buscaba desesperada una solución dentro de su cabeza. En ese instante, como si el corcel entendiera el temor que recorría a su jinete, se alzó a dos piernas y relincho con ímpetu frente a la Madre del Cerro. Esta, curiosa, cesó su ataque y centró su atención en el caballo.

—¿Por qué la proteges? Eres solo un esclavo más del hombre. En ese momento, la niña pensó que la Madre del Cerro estaba loca, el caballo no podía responder o eso creía hasta que escuchó una respuesta que estaba lejos de ser un simple relinchido.

—Ella no es como el resto de hombres, no soy un esclavo como dices, soy su amigo, soy su protector, un viejo amigo me la ha encomendado, no puedes llevártela, pertenece a este mundo.

El pequeño discurso que salió de aquel corcel la dejó impávida. ¿Cómo era posible que pudiera entender lo que el caballo decía? ¿Acaso había perdido la cordura cuando la Madre del Cerro la tocó? No sabía la respuesta, pero por la reacción de la mujer del bosque, se dio cuenta de que ella tampoco esperaba que la niña entendiera a su acompañante, su ira parecía casi haber desaparecido y sus ojos volvían a aquel dorado brillante que vio en un principio.

—Muy bien, espíritu salvaje, ¿crees que esta cría del hombre merece tu protección? Demuéstramelo.

Sin previo aviso la Madre del Cerro levantó sus manos hacia el cielo y elevó al negro animal por los aires. La niña estaba espantada por la situación, su compañero de viaje iba a morir si no hacía algo pronto. Corrió hasta la mujer, se arrodilló y con manos temblorosas sacó de su mochila el pan que su abuelito le había dado al inicio del día.

—Oh, señora cuidadora de estas tierras, te suplico no le hagas daño. Este buen corcel es muy preciado para mí y mi familia, te ofrezco este pan hecho con amor y los frutos de la tierra como señal de paz —dijo con voz trémula.

La Madre del Cerro miró a la niña que se encontraba de rodillas ante su gran faldón, sus manos temblorosas mostrando aquel pan envuelto en un paño de tela blanco, sus ojos se veían cristalizados por las ganas de llorar, más no derramaba ni una sola lágrima por su joven rostro. Con delicadeza bajó al caballo del aire para dejar

sus cascos nuevamente en la hierba del claro, sus manos cambiaron de dirección, ya no apuntaban al cielo, ahora tomaban el pan que aquella niña le ofrecía.

— Acepto tu ofrenda, tu amigo no tendrá daño alguno, pero a cambio deberás traer un pan igual a este todos los años, por esta misma época, cuando los ruiseñores cantan con más fuerza, además de que cantarás conmigo hasta que el sol raye con las montañas, si lo haces dejaré que te marches.

— Si hago lo que pides, ¿podré irme a mi casa Madre del Cerro? — Sí, tienes mi palabra de ello, cría del hombre. La niña aceptó el trato con la Madre del Cerro y se despidió de ella en el límite del bosque, el caballo negro esperaba a su lado pacientemente, ya no hablaba ni relinchaba, solo permanecía ahí, estoico a su lado, mientras ambos veían nuevamente el claro del bosque, junto a aquel cielo azul, como si nada hubiera pasado. Los ruiseñores volvieron a cantar y fue entonces que la niña pudo volver a respirar.

— ¿Qué ha sido todo eso? ¿Puedes hablar? ¿Todo eso fue real? El caballo solo asintió con la cabeza, después se alejó de la niña para tomar con el hocico las riendas que reposaban en el suelo y se las ofreció.

— ¿Quieres irte ya señor caballo?

El caballo nuevamente asintió.

— Está bien, vámonos de aquí.

La niña puso las riendas en la cabeza del corcel con manos temblorosas, se subió a la roca que antes le había ayudado a bajar y de un brinco terminó sobre la silla de montar. No sabía que había pasado, todo sobrepasaba la raya de lo normal, solo sabía una cosa con certeza mientras bajaba la vereda rumbo a casa.

— Nos vemos el próximo año — susurró la niña al viento.

— Hasta el próximo año — susurró el viento de vuelta.

22. Mateo y El Imparable

Mateo y El Imparable

— María Toledo de Ángor



Era la primera vez que Mateo viajaba con su padre a quien solo veía cada quince días. El padre de Mateo era un camionero, tal vez uno de los más reconocidos que había en la ciudad del sur. Estaba tan dichoso de conocer por fin lo que había fuera de su casa que emocionado alistó su equipaje: dos pantalones de tiro, una chaqueta para el frío, un par de chanclas, unas camisas y tres pares de calzoncillos. Su padre lo despertó a la madrugada, le dio un café con leche para iniciarlo en el rito y lo despertó de un pellizco en la entrepierna, a lo que Mateo respondió con un brinco, mientras su padre reía dejando mostrar sus dientes bajo su bigote. Después de un baño rápido, se dirigieron al camión: una bestia color azul de seis ejes, le decían “El Imparable”, pues había pasado generación tras generación. Algún

día Mateo lo domaría. Además, aquel mastodonte había pisado tierras inhóspitas y conquistado las carreteras más alucinantes que ningún otro ser humano, además de su conductor, por supuesto, había conocido. Su padre abrió la primera puerta y se encaramó de un solo brinquito, introdujo la llave en el cerrojo, hundió su pie junto con el pedal y giró la llave. Se escuchó un crujido feroz. Se había despertado El Imparable. Mateo hizo de copiloto y encendió las luces. Metieron el equipaje detrás de los asientos y abordaron juntos. Llevaban un tráiler de 50 toneladas. Después de cargar el motor, acelerándolo varias veces, su padre insertó la primera de 18 marchas y empezaron a avanzar. Como era de noche todo se veía oscuro. Había caminos con flechas, muchas flechas, unas con dirección a la derecha, otras con dirección a la izquierda, otras con dirección hacia adelante, estas mismas se volvían fluorescentes por las luces del camión.

Pasada la madrugada, nació un nuevo día lleno de color a través de un crepúsculo mágico lleno de matices rojizos. Mateo ojeó todo y con todo se maravilló como un infante, mientras su padre apenas se inmutaba. Él le decía que observara todo y que no se quedara dormido, porque el propósito más grande era aprender y ver todo lo que más pudiera, recordando todos los detalles, a lo que Mateo asintió pensando que no tenía sueño y solo quería contemplar. En un principio, escalaron una montaña por una carretera rodeada de varios precipicios y se avistaron algunos pueblos pequeños en la lejanía. Estuvieron más cerca del cielo por un par de horas, se mezclaron con las nubes y el frío de los páramos. Mateo sacó la bufanda de una apertura del camión donde se guardaba lo necesario para los cambios de clima, también se abrigó con una ruana de pelo de llama y sacó la mano por la ventana para tocar aquellos vapores que parecían algodón una vez se alzaban en el cielo. En ese preciso momento Mateo recordó que simplemente habían emprendido un viaje, pero la emoción era tan grande que nunca le preguntó a su padre hacia dónde se dirigían. Él no conocía bien a su padre, pero hasta donde lo conocía sabía que tal vez no le iba a decir. Aun así, decidió preguntarle, su padre lo miró a los ojos y cayó por un momento, luego sonrió y le respondió que iban a su ciudad natal, a la ciudad natal de todo lo que había en la tierra. Esto emocionó el doble al chiquillo. Después de descender la montaña, llegaron a un pueblito muerto que había sido destruido hace años por un volcán. Apenas se podía ver como la lava seca se había apoderado de todo. La iglesia estaba dividida a la mitad como si la mano de un Dios hubiera acusado a sus creyentes. El colegio fue el único edificio que quedó intacto, pero bajo la lava tiesa. Allí el tiempo pasaba más lento y la carretera se hacía más rocosa hasta el punto que las piedrecillas salían disparadas. Una de aquellas piedritas impactó el brazo, pero no le causó ninguna herida, más bien él no sintió nada. Hasta el momento, papá no había dicho muchas cosas. De repente, empezó a hablarle a Mateo sobre los Ticunas y los Muiscas, sus antepasados y también que él había conocido a los descendientes de Simón Bolívar. Mateo no se había dado cuenta, pero ya estaban en la ciudad del origen. Había muchos animales de todo

tipo y muchos libros tirados en la carretera. Se fijó bien y había edificios invisibles y gente invisible y todo se iba armando mientras avanzaban. Su padre le dijo; —Bienvenido, hijo, un día tú tomarás el mando de El Imparable y podrás venir a visitarme cuando quieras, porque desde ahora yo viviré aquí, donde se ha dado mi origen.

Mateo quedó muy extrañado, pero asintió con la cabeza. Su padre siguió hablándole sobre Simón Bolívar, le dijo que su familia era la encargada de criar sus caballos y que, a pesar de que en otras regiones lo odiaban, ellos le tenían mucho aprecio. Fue entonces cuando aparecieron los Ticunas y los Muiscas rodeando a El imparable con sus lanzas invisibles, hablaban en otros idiomas que Mateo no entendía. Su padre sí lo entendía y les pidió permiso para ingresar a la comunidad. Le contó al niño que ellos no eran la gente agresiva que mostraban, que solo defendían sus territorios.

Cuando pudieron entrar, papá le mostró a Mateo uno de sus tatarabuelos y sus verdaderas raíces. El viaje en El Imparable había terminado. Comenzaron las ceremonias de recibimiento, se hacían danzas alrededor de los árboles y por unas escaleras había más y más gente saliendo de una hendidura, lo que parecía ser una caverna. Todos tenían sus caras pintadas. Había animales salvajes por todas partes. Era una perfecta combinación entre lo rural y lo urbano, una metrópolis pintada de verde y de natura. Mateo no se sentía muy cómodo y se sentía observado. El líder se dirigió a los dos hablándoles de la ciudad subterránea, cómo tenían que actuar y qué cosas iban a encontrar allí. En este momento, el padre de Mateo les dijo a todos que él se quedaría y que el pequeño venía solo de visita.

Entonces, empezaron a hacer los últimos bailes. El padre condujo el camión hasta casi la entrada de la ciudad subterránea. Miró a los ojos a Mateo y le preguntó si estaba cansado. Luego le dijo que los últimos viajes eran los mejores y que, a pesar de no haber compartido tanto tiempo con él, lo amaba. Mateo se conmocionó, pero estaba tan somnoliento que su cuello se desganzó del cansancio y durmió como un feto, solo la cinta de seguridad lo sujetaba. Su padre apretó el claxon y eso fue lo último que escuchó. Un sonido que se desvanecía. Una frecuencia que se iba perdiendo.

Un hombre abrió sus ojos lentamente, avistando una pantalla verde con sonidos de un claxon agudo y reflejaba pequeñas montañitas. El hombre, que apareció de pronto en el hospital de un territorio desconocido, llevaba consigo la llave de un camión entre sus manos.

23. La ruta de la llama

La ruta de la llama

— Nube

Marcaban las dos de la tarde, hora en la que Clarita acostumbraba iniciar sus labores en el pequeño taller de cerámica, era la encargada de hornear las piezas que moldeaba su esposo Eusebio, para quién trabajar con el horno era como entrar a un laberinto de sal para una babosa. El estante estaba lleno de piezas en arcilla, una nueva producción de jarrones, cuencos, tazas y platos que gracias a su venta les permitía vivir dignamente. Sobre el entrepaño inferior del estante había también un par de nuevas piezas raras, las abstractas, que pocos clientes compraban pero que sin duda llamaban la atención. Sin excepción de Clarita quien, al verlas, tomó una de ellas entre sus manos, con suma curiosidad, como intentando hallar algo escondido por dentro o por fuera. En su mente trataba de asociar esas formas a algo conocido, veía siluetas casi humanas que danzaban o tal vez copulaban en posturas majestuosas que de ser reales serían más bien grotescas. A pesar de llevar un par de décadas juntos, Clarita no lograba descifrar la particularidad de estas piezas ¿de dónde le venían estas ideas a Eusebio? Se preguntaba, además de notar que nunca una pieza se le parecía a otra. Ella y Eusebio eran una pareja singular, de esas que se sostienen en el tiempo, porque son compañía en una vida llena de ausencias y en este caso de sentidos.

Dos horas después, como era costumbre, entró Eusebio al taller, siguió de largo al patio aldaño que era descubierto, con las manos ubicó su silla de patas cortas y lentamente la arrastró frente al pequeño agujero por donde se asomaban las llamas del horno, lo suficientemente cerca para sentir su calor. Solía sentarse allí largo tiempo, atento, entrelazando los dedos de sus manos robustas y reseca, como si se tratara de una tarde gris frente a la chimenea, «viendo», a su manera como se cocinaban las piezas. Permanecía en absoluto silencio, adoraba escuchar el crepitar de la madera que se anunciaba ascendente como la campana de un tren próximo a iniciar su marcha en un nuevo viaje. Eusebio se adentraba en la ruta de la

llama marcada por el aire, donde el tiempo solo era presente y él como un espíritu veloz y voraz tragaba dunas dejando miles de partículas doradas flotando en el aire, navegaba el cielo jugueteando con las nubes, titilaba a la par de las ondas del agua, susurraba mantras que se hacían eco para luego reposar sobre las rocas como un manto frío. Era la señal que anunciaba la caída de la noche, ya la flama danzante dibujaba sobre su piel una oscura sombra y en sus ojos un rayo de luz. El movimiento del fuego ha sido el mejor maestro de Eusebio, lo siente, lo memoriza y lo mimetiza con sus manos sobre la arcilla, eso es todo lo que sabe Clarita de ese ritual y que recuerda así, en tanto llega el momento de advertirle que ya es tiempo.

24. Decisión

Decisión

— Luisa Fernanda Gómez Criales



Él estaba seguro que era la única opción, era el momento de partir, se sentía muy culpable por todo el daño que había hecho, solo con el hecho de existir habían empezado los problemas. Su familia lo amaba, pero él no se sentía así, su mente parecía como esos días de primavera en que te advierten de una tormenta. En efecto, en su cabeza había un remolino de pensamientos, idealizaba cada cosa que le venía a su mente y comenzaba a planear todos los proyectos posibles, por cada idea que tenía.

Usó todas las letras del abecedario para nombrar cada proyecto. Si no funcionaba uno, tendría que funcionar otro y así vivió por muchos años, pasaron muchos inviernos y nada, siempre lo terminaban rescatando de algún modo u otro. Fue entonces

cuando llegó una oportunidad que no estaba dentro de su alfabeto de posibilidades: se buscaba una persona fuerte, valiente, que haya intentado todo en su vida y haya tenido intentos fallidos. Requerían esa persona para convertirla en un guerrero, este tenía la importante misión de cuidar una abadía, la cual estaba siendo atacada.

“Esta es mi oportunidad” pensó, por fin había llegado esa letra para su plan. Decidió postularse a sabiendas que debía dejarlo todo, ya que no podía volver. Él no negaba el terror que le daba partir a enfrentarse a cosas nuevas, cada vez que lo hacía era un fracaso más. Llegó el día de partir, era otro día de invierno pero no era como cualquier otro, esta vez la lluvia caía de una forma diferente: las gotas parecían pequeños cuchillos clavándose en su cuerpo como si pequeños agujones lo picarán una y otra vez.

Seguía lloviendo a cántaros, su familia lo persuadía de que no viajara, pero él estaba decidido, no quería ser el culpable de más fracasos en su vida, ni en la de sus familiares. Se despidió con un gran abrazo, se dio la vuelta y siguió caminando, se podía sentir y ver el cielo negro, apocalíptico, pero él siguió. A lo lejos, su silueta que se iba evaporando con la lluvia a medida que se iba alejando.

El inicio de la travesía consistía en empezar su viaje en barco, en ese tiempo se le iba a enseñar todo lo que un guerrero debe saber, para que pueda cumplir su misión. Este futuro guerrero estaba sentado en la proa, con su cabeza revuelta, pensando en todas las posibilidades que iba a encontrar en cuanto llegará a su destino. Imaginaba muchos planes, era un día soleado para tener ese tipo de cavilaciones. Se encontraba mirando al horizonte cuando, de repente, escuchó una voz que le decía: “¿En qué piensas?”. Él se volteó y contestó: “estaba pensando en todas las cosas que voy a aprender y en lo que puedo hacer cuando llegue a la abadía”. A su maestro le causó gracia la respuesta. —¿De qué te ríes?” —dijo el aprendiz de guerrero.

El maestro le explicó que no se reía de sus planes, que eran muy interesantes, pero que la primera lección a aprender era vivir el presente y que aprovechara ver horizonte, ver el mar, sentir el ruido que hacía el barco mientras viajaban, que quietara su mente, que lo más importante en ese instante era vivir el ahora. El maestro empezó a enseñarle muchas lecciones: lo importante que es mantener el cuerpo y mente en equilibrio, alejarse de las posesiones materiales, que, a pesar de ser importantes, el ser humano debe tener la capacidad de vivir sin ellas. Este maestro le enseñó también lo fundamental que es apreciar el tiempo, que es muy valioso y no se recupera jamás. Le enseñó técnicas de meditación, defensa personal y esgrima. Lo más difícil para este aprendiz fue calmar su mente, él cada vez que podía pensaba y pensaba en el futuro, en qué hacer cuando llegara a ese lugar. Así llegó el gran día, no era como cualquier otro, esta vez era soleado, se veían los pájaros volar alrededor del buque, se veía la gente alegre, comprando en los mercados, mucho ruido, pero todos alegres. Este personaje había llegado a Normandía, su misión era ser el protector de la abadía del Monte San Miguel, este

lugar tenía mucha historia, eso estaba dentro de sus tareas, mientras la cuidaba, tenía que estudiar todos los sucesos ocurridos en ese lugar y seguir practicando todas las enseñanzas aprendidas en su viaje.

Este guerrero empezó a amar cada día como si fuera el último, por fin pudo tener plenitud en su vida y apreciaba los momentos donde la marea bajaba y los visitantes podían atravesar el camino para visitar ese pequeño pueblo, apreció mucho esa nueva experiencia en su vida, el mar lo llenaba de tranquilidad, miraba siempre al horizonte en esos días soleados, solo esperaba el momento de poder ver de nuevo a su familia y darles un abrazo.

25. Viaje matinal de una máquina

Viaje matinal de una máquina

— Lorena Sánchez



Eran los años donde la taquigrafía aún resultaba útil, signos y abreviaturas escritos a la velocidad de la voz de quien habla. La máquina de escribir no había sido relegada, de ella se desprendían copias y copias de planas y planas hechas con los dedos puestos correctamente sobre el teclado. La A, la vocal más utilizada, brincaba al son del meñique, mi dedo más frágil y torpe. Nos preparaban académicamente como secretarios y secretarias, en funciones como manejar el archivo, digitar, estar prestos al servicio y escribir, escribir cartas, cartas formales que comunicaran buenos y malos asuntos pescando las palabras más adecuadas. De memoria la estructura: Bogotá, coma, fecha y año cinco espacios, señores, nombre de la compañía, nombre de a quién va dirigida la carta, cargo, teléfono, ciudad, dos espacios, saludo, dos

espacios, sobre el costado izquierdo asunto, dos espacios más y a continuación el contenido. Momento de pensar frente al resto de la hoja en blanco. Fue así como entre carta y carta me fui entrenando con las palabras. Se me ocurrió pensar que quizá, solo quizá, podría dejar las cartas para aventurarme en otros formatos con otras intenciones, con otras sensibilidades, formales e informales.

En espera de la función de las 6 de la mañana, hora en la que Lorena se asoma al estudio con una taza de café ardiente endulzado con panela entre sus manos, café que raramente bebe, pues una vez ella toma su lugar entre la silla y yo, lo olvida. Es como si esa taza le sirviera de compañía, en un querer recrear el escenario ideal para el desarrollo de su función en la que yo obedezco. Respondo a la coreografía de sus dedos que no es estricta, ¡pero debería! piensa ella, ya que estudió mecanografía en su momento. Sigue viendo el teclado, sigue usando los índices para oprimir más de las ocho teclas que le han sido asignadas, según la técnica, claro. En realidad no importa cuál dedo oprime que tecla, sin embargo jamás he visto a un pulgar derecho dirigirse a la A. Lorena a veces chusografea al ritmo de su sentir, a veces rápido, a veces lento, sin temor al error, pues se trata de eso, de dejar salir las palabras tal y como brotan de su interior, por eso lo hace a través de mí y no del computador donde el delete está al alcance de un dedo.

Cuando se trata de escribir a Kadir debo estar bien ajustada pues lo que viene es un ring ring frenético de la campanilla del rodillo que llega al final de cada línea. Para él hay tanto que escribir: un reclamo airado, un agradecimiento más afectuoso, un pensamiento inoportuno, porque no es fácil tener un jefe como Kadir, aunque es una bendición que exista y Lorena lo sabe. Estoy aquí como un médium que transporta hacia la palabra escrita e incorregible sus emociones en un ejercicio de dejar ir y vaciar, tal como vacía la cesta a donde van a parar las hojas que desprendo. Es así como tras cada viaje de las teclas, a partir de las 8 am, ella se convierte en la empleada paciente e imperturbable que siempre ha sido.